AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA

POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA

ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD

Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio 3€

Nº 12 marzo 2008

AUCA

© De los autores

Dirección : María José Arques Cano
Subdirección : María Amparo Benito Díez
Coordinación : Manuel Parra Pozuelo
Consejo de Redacción : Francisco Alonso Ruiz, María José Arques Cano, Francisco Javier Fernández, María Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo, María Isabel Pintos,
Consejo Asesor : Mati Bautista, María Amparo Benito Díez, Lucía Espín, Sergio Gadea, Luis S. Taza Hernández, Julia Díaz, Trinitario Rodríguez, Mercedes Rodríguez, Dorrit Ziehl.
Maquetación : Francisco Javier Fernández
Diseño : Grupo Cultural "Auca de las Letras"
Delegada de ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697- 9877

Ilustración de la portada: *La luz del fuego interior,* de Antogonza

Imprime: Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010. S.L.
C/ Padre Mariana, 15 – bajo. 03004 Alicante.

Colaboraciones y correspondencia:
C/ Martín Lutero King 4, Bloque 4-1, 5º C, 03010 Alicante.
mariajoseac@ono.com
Móvil:679248312
aucadelasletras@hotmail.com

En relación con posibles colaboraciones, aquellas personas interesadas en realizarlas deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas, siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores.

ÍNDICE

Editorial	María José Arques Cano	5
El cincel y el tiempo	Airam Lebasi	6
Nocturnidad	Mª Amparo Benito Díez	7
Pedro y la evolución	María Rosario Mohinelo	8
Mi casa está tan lejos	Julia Díaz Climent	10
A medio bordar la luna	Mati Bautista	11
Crónica del hombre	Francisco Alonso Ruiz	12
Piel morena	Nicolás López Dallara	14
El Cristo del Cirio o el Cirio del Cristo (según se mire)	Mercedes Rodríguez García-Olías	15
Cuando yo muera	Lucía Espín	18
La herencia	Fco. Javier Fernández	19
Gaia	Manuel Parra Pozuelo	20
Sólo era un niño	Trinitario Rodríguez	21
De campesino a obrero jubilado	Luis S. Taza Hernández	22
Un don Juan cualquiera reflexiona antes de acudir en busca de doña Inés	Víctor M. Sanchís	24
La niña	María José Arques Cano	25
La noche me pregunta por tu nombre	Sergio Gadea Escudero	26
Si yo pudiera	Mª Amparo Benito Díez	27
Tras los pasos de aquellas flores de invierno	Airam Lebasi	28
Toc-Toc las cárceles	Olivier Herrera Marín	30
Todos los días son felices	María Rosario Mohinelo	31
El tren Granadino	Mati Bautista	32
Arde una puerta	Julia Díaz Climent	33
El asesino	Francisco Alonso Ruiz	34
Sombra permanente	Trinitario Rodríguez	36
Doctor Kelvin	Joaquín Juan Penalva	37
Barbarie y deshumanización en la cinematografía del siglo XX	Fco. Javier Fernández	38
El tigre de Corbett	Joaquín Juan Penalva	42
Antogonza, un pintor de sueños	Francisco Alonso Ruiz	43
Volver a ti	Lucía Espín	44
Lunes 31 de diciembre	Luis S. Taza Hernández	45
El río de la noche	Mercedes Rodríguez García-Olías	46
El átomo parlante	Antonio Galera Gracia	47
El amarre en vano	María José Arques Cano	50
Caballos de hace tanto	Manuel Parra Pozuelo	51
Yo soy Carrachita, la nutria que salió del mar	Airam Lebasi	52
El tío Ambrosio	Mª Amparo Benito Díez	55
La tía Úrsula	Mati Bautista	57
Las músicas de la mar	Mercedes Rodríguez García-Olias	58

Mi amigo Adel	Miguel Ángel Pérez Oca	59
Quo Vadis (Adivinanza literaria)	Fco. Javier Fernández	61
Volviendo a *El principito*	María Rosario Mohinelo	62
Extiéndete en las vides de mi lengua	Julia Díaz Climent	64
Nominare	Julio Espinosa	65
Una flauta de caña	Trinitario Rodríguez	66
Tu mirada	Luis S. Taza Hernández	68
Cuando llueve	Francisco Alonso Ruiz	69
¿Preguntas?	María José Arques Cano	70
Como el jaguar	Mercedes Rodríguez García-Olías	71
En el corazón del mar	Manuel Parra Pozuelo	72

EDITORIAL

En este número de Auca contamos con los nombres de cuatro nuevos colaboradores que, desde diferentes lugares de la geografía española, nos han enviado sus escritos: Nicolás López Dallara nació en Argentina, concretamente en Buenos Aires, reside en Salamanca y de los relatos y poemas suyos que hemos recibido, hemos elegido *Piel morena*, con sus voluptuosos versos en los que, con gran pasión, describe la belleza del encuentro amoroso; no se muestra falto de sensualidad el poema de Víctor M. Sanchís, *Un don Juan cualquiera reflexiona antes de acudir en busca de doña Inés* en el que la inquietud que acompaña a veces al amor es el tema predominante; Julio Espinosa Guerra es chileno y vive en Zaragoza; *Nominare* es el título del poema que publicamos en nuestras páginas, en sus versos, Julio ahonda en la magia de las palabras, en el arte de nombrar las cosas, poniendo de manifiesto la importancia de la comunicación verbal; siguiendo con la poesía, Olivier Herrera Marín, en su poema *Toc- toc, las cárceles*, nos sorprende con una crítica dirigida al racismo reinante en algunos sectores de la sociedad mundial, expresada con un lenguaje contundente y desnudo que nos acerca a una realidad, por desgracia, cotidiana; por último, desde Murcia, Antonio Galera Gracia, en su relato *El átomo parlante*, nos incita a amar la vida, a arraigarnos a ella, a valorar cada instante de nuestro devenir diario como quien acepta un regalo.

En las páginas centrales podemos disfrutar de unos textos sobre cine, de la mano del integrante de Auca de las Letras Francisco Javier Fernández y su interesante artículo *Barbarie y deshumanización en la cinematografía del siglo XX.* El socio suscriptor Joaquín Juan Penalva nos sorprende con su fusión cine-poesía en dos poemas: *El tigre de Corbett* y *Doctor Kelvin.*

También tratamos la pintura en este número, cuya portada, *La luz del fuego interior,* es una obra del pintor Antogonza. Francisco Alonso Ruiz habló con el artista y ha plasmado en una semblanza la apasionante conversación que mantuvo con él en su casa de Alicante.

Nos es muy grato comunicar que María Rosario Mohinelo, perteneciente al grupo, recibió el quinto premio en el certamen Relatos Urbanos. Reflejos de asfalto, con su cuento *La diosa de mármol.*

Uno de los más ansiados sueños de Auca de las Letras se cumplirá con la edición de nuestra antología, un libro titulado *Con diversos acentos,* en el que los poemas han sido ilustrados con imágenes del pintor Vicente Quiles, que también fue el autor de la anterior portada de la revista Auca.

Así mismo, anunciamos que el número de noviembre será un monográfico dedicado a Vicente Mojica, resultado del trabajo realizado en el taller impartido por nuestro compañero Manuel Parra Pozuelo, que con sus lecciones nos ha brindado la oportunidad de adentrarnos placenteramente en la vida y obra del poeta alicantino.

María José Arques Cano

El cincel y el tiempo

Pasó el tiempo. Pasa.
Esculpe la losa.
Cuenco de galaxias
que contiene mi ceniza.
Camina el viento
por senderos
trazados en las bocas,
cual gaviotas perdidas en la niebla
se desvanecen.
El cincel sigue grabando,
esculpe mundos.
El tiempo no se detiene.
Pasa sin ver.

Airam Lebasi

Nocturnidad

La noche se diluye soñolienta,
andariega tras la opulenta luna.

No la altera la bronca
voz de un borracho,
ni el canoro jilguero,
ni el perro gemidor.

En su nocturnidad distante
y conurbana
intuye
el ritual amoroso de una cita.

Los sueños de jazmín
franquean la interminable
espera,
y al despuntar el día
el mismo espejo que alentó la seducción
es ya reverso del encanto.

El vaivén de la puerta
circunda al alba
con el grisáceo humo
atrapado en las luces
trasnochadoras del bar.

Al fondo dos extraños se refugian,
mutuamente confiesan su fracaso.
La soledad asoma por sus bocas.

Y a modo
de penitencia
desde el control del *disc-jockey*
la inconfundible voz de Frank Sinatra
susurra “Strangers in the Night”

Ellos anhelan
aislar su desencanto
y se requieren con miradas
peregrinas de amor,
mientras saborean un aromático café.

Mª Amparo Benito Díez

PEDRO Y LA EVOLUCIÓN

Mi amigo Pedro, gran estudioso e investigador, defiende con pasión la teoría de la evolución y piensa que todos los pobladores de la tierra procedemos de una única y primitiva forma vital, de una sola célula o núcleo que al extender su habitat por el planeta y con el transcurrir de los tiempos, evolucionó hacia formas de vida diferenciadas. No solamente cree a pies juntillas en nuestra descendencia del mono, sino que también éste y los demás seres vivos tienen un antepasado común, antepasado que se refleja en los seres actuales otorgando, con más frecuencia de lo que imaginamos, rasgos animaloides al hombre y viceversa. Esta última y dudosa afirmación la considera una prueba irrefutable de la mezcolanza inicial que, según él, ha tardado milenios en disgregarse y producir seres como los que hoy habitamos la Tierra.

Pedro trata de convencerme recordándome latiguillos tan populares y manidos como: astuto como un zorro, vista de lince, lealtad canina, andares de tortuga, risa de hiena, etc, con los que el hombre relaciona a los humanos con las bestias, considerándolos vestigios de un remoto conocimiento subconsciente.

Yo rechazo todas estas suposiciones. No me agrada aceptar como bueno mi parentesco con el mono ni con ningún otro animal, y prefiero la antigua leyenda que nos adjudica como primeros padres a Adán y Eva. Compruebo que si plantamos patatas, nacen patatas y si plantamos trigo, nace trigo. De mejor o peor calidad nuestras cosechas serán siempre consecuencia de la semilla utilizada; todavía no conozco a nadie que plante tomates y recolecte berenjenas.

Mi actitud le parece a Pedro retrógrada y banal, pero no me acaloro por ello pues, en realidad, a mí estos temas no me quitan el sueño.

Hacía tiempo que no veía a mi amigo, resultado de residir en una gran ciudad donde el ritmo de la vida se asemeja a una carrera contra reloj, (comparación bastante gráfica pero poco original), por eso me sorprendí muy gratamente cuando hace un par de meses se presentó en casa.

-Vas a conocer a alguien, -anunció tras los saludos.

-¿A quién? –le pregunté intrigado.

-Ya verás, ya verás… Tengo un amigo…, bueno, un nuevo vecino que convierte en axioma mi vieja teoría de la evolución. Quiero que lo conozcas. Cuando lo veas no podrás dejar de darme la razón al respecto. Existen personas que tienen un rasgo físico parecido al de algún animal, pero en este hombre no es un único rasgo. Todo él, su cara, su mirada, su voz, hasta sus andares tienen algo de… en fin, ya lo comprobarás. Te espero mañana a cenar. No faltes.

Acudí un tanto intrigado a la cita. El entusiasmo de Pedro me advertía de que iba a conocer a alguien muy original, pero he de confesar que no pude imaginar hasta qué punto.

Don Oto Aguilar era un hombre robusto, macizo, casi cuadrado, de piernas y brazos pequeños y cuello tan grueso y corto que su poderosa cabeza parecía estar directamente unida al tronco. En su ancho rostro, las mejillas hundidas y la huidiza barbilla lucían un tinte oscuro, azulada sombra inevitable de la frondosa barba, a pesar de lo apurado de su afeitado. Las pobladas cejas y la estrechez de su frente, sobre la cual la línea del nacimiento del pelo formaba un pico, justo encima de la corva nariz, sus puntiagudas y velludas orejas, los grandes ojos redondos de mirada estática y sus

más que espaciados parpadeos, le daban un aspecto de ave rapaz pronta a saltar sobre la presa.

Al llegar se aproximó para saludarme con un andar oscilante y de cortos pasitos, y observé con asombro cómo despegaba simultáneamente los brazos del cuerpo, dando unas cuantas sacudidas con ellos, antes de extender su rugosa mano de uñas gruesas y curvadas.

Durante la cena, cuando Irene sirvió el conejo en salsa, descubrí en sus pupilas una luz, un ansia, una voracidad que apenas logró dominar haciendo un esfuerzo, para comer más o menos correctamente.

Don Oto Aguilar dio por terminada la sobremesa después de haber acaparado la palabra durante su transcurso, y de habernos endilgado una exhaustiva conferencia sobre su más cara afición, la caza, y toda suerte de detalles sobre sus éxitos cinegéticos.

Se despidió de nosotros con mucha cortesía, sin olvidarse de felicitar a Irene por la cena. Anunció que iba a darse su paseo vespertino, algo que no dejaba de hacer por nada del mundo, pues caminar le ayudaba a mantenerse en forma y a controlar la fotofobia que padecía.

Cuando se marchó, comenté con Pedro la impresión que me había causado su nuevo vecino, resumiéndola en una sola frase: “Jamás vi a nadie con tal aspecto de mochuelo”.

Pedro me explicó que no sólo físicamente el señor Aguilar tenía cierto paralelismo con estas aves, sino que, también como ellas, gustaba de la noche y en las horas nocturnas se sentía vivo y despejado. Desde su balcón solía observar a los noctámbulos, a los últimos rezagados que volvían de madrugada, y hubo más de uno que al sentirse espiado, levantar la vista y descubrir sus fosforescentes ojos redondos, sintió un sobresalto que le hizo apresurar el paso.

Desde que Pedro me presentó a tan extraño personaje, y a pesar de que no me han convencido las teorías de mi amigo, en numerosas ocasiones me sorprendo a mí mismo tratando de descubrir los primitivos rasgos animaloides de toda nueva persona que conozco. Quizá Don Oto Aguilar sea el eslabón perdido, ése que busca la ciencia.

María Rosario Mohinelo

Mi casa está tan lejos

Mi casa está tan lejos,
a un segundo de todas las partes
dejando atrás las escaleras
del pasado irreal, nunca existido,
del futuro peldaño amenazante.

Mi casa está tan lejos,
a un instante de cordura,
a una sonrisa y media de otros labios,
cruzando una mirada inédita y amante.

Mi casa está tan lejos,
llegando a una página en blanco, sin heridas,
girando dos manzanas mordidas por amor,
sin temor a un castigo fulminante.

Mi casa está tan lejos,
a tres calles de hogares perdonados,
a seis pasos de manos extendidas,
lavadas por la paz de mi estandarte.

Mi casa está tan lejos,
a dos ojos mirando sin prejuicios,
pasando sin querer juzgar a nadie
en el centro de un parque liberado.

Mi casa está tan lejos
que sabiéndola en mí, no hallo la calle
por temor a quedarme sin los sueños
que han llegado al horror de acostumbrarme.

Mi casa está tan lejos,
en el dulce camino del ahora,
en la luz cegadora de este instante.

Julia Díaz Climent

A medio bordar la luna

Llevo en mi sangre tu herida
como un fuego que no cesa,
y en mi boca llevo presa
la palabra de tu vida.
Manuel Molina

A mi madre.

Debo mi sangre a tu precipitar temprano.
Como apagón de estrellas a tientas me dejaste.
Cada día una espera. Cada espera un desaliento.

Antes del alba, emprendiste el vuelo, sin un adiós,
sin completar los días.

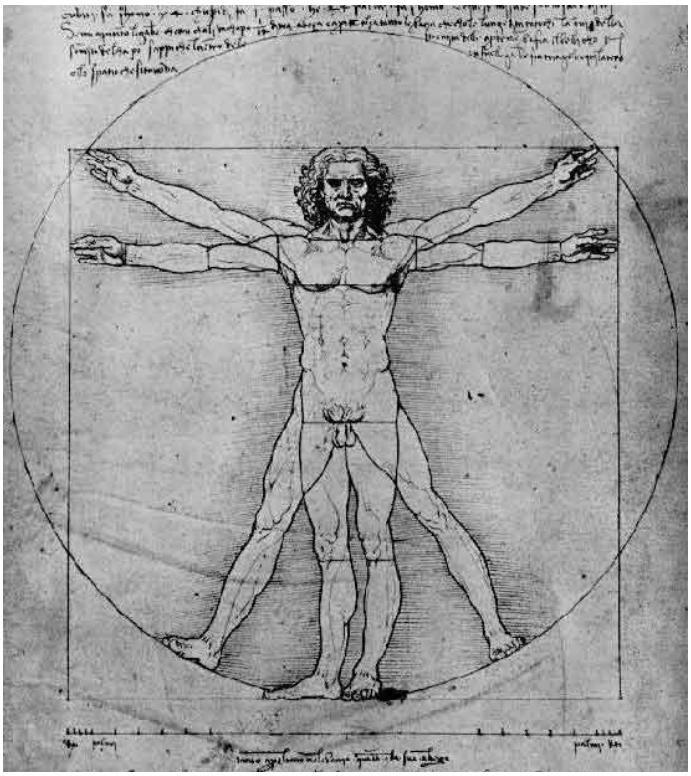
No comenté a nadie de mi orfandad ante la vida.
En el silencio, encontré el alivio justo.

Te busqué en todas las épocas de mi conocimiento.
Sin llegar nunca a la estación término, del porqué

Triste herencia me dejaste. Una herida que nunca cierra,
una herida que siempre rezuma.

Mati Bautista

Crónica del hombre



En lo que atañe al hombre
siempre se pudo hablar
de dolor y de angustia. El infortunio
y la fatiga y la amargura vienen
del tiempo y de la oscura tierra. Y han
existido desde siempre. Son
siglos que se acumulan,
polvo en la historia íntima del hombre,
cansancio en la andadura de su cuerpo,
lágrimas en sus ojos cualquier noche.

En lo que se refiere al ser humano todo
consiste en barro y piel y sangre. Horas
de amor o de dolor. Tiempo gastado,
años que han sido. La memoria escribe
historias, hechos, sueños. Siempre hay
alguien que cuenta o narra lo que ocurre.

Son los poetas. Por ejemplo Homero,
Virgilio, Dante, Shakespeare, o Cervantes,
Pablo Neruda o León Felipe.

Siempre hay hombres que expresan la Belleza
en las cosas del mundo. Los artistas:
Miguel Ángel, Tiziano o Rafael,
Leonardo da Vinci o Delacroix, Velázquez
o Goya o el genial Pablo Picasso.

Otros oyen los júbilos nocturnos,
el canto de los pájaros canoros,
los rumores del río o de la mar,
las sensaciones físicas, la lucha,
la duda, el tiempo, la felicidad.
Y transmite la Música leyendas,
fantasías, pasiones infinitas.
Son los músicos, son los compositores:
Beethoven, Chopin, Wagner, Vivaldi,
Mozart o Tchaikovsky o Berlioz.

El tiempo se sucede y se transforma
en tiempo diferente : en otro clima,
en diferente realidad. Costumbres,
ritos y mitos, religiones y usos,
hablan de cambios, de otras experiencias,
de emociones diversas y plurales.

Y existen los oficios, los quehaceres
humildes, el trabajo de los días:
La insistencia tenaz del alfarero,
del herrero, del que hace los zapatos,
del que elabora el vidrio y le da forma,
o imprime y encuaderna hermosos libros,
del que sana a un enfermo o investiga
en los laboratorios, o hace casas
para la gente. Todos los oficios,
todas las profesiones necesarias.

Siempre se puede hablar, cuando se dice
del ser humano, de dolor, de amor,
de labor artesana y de belleza,
de esfuerzo colectivo y de poesía.

Francisco Alonso Ruiz

Piel morena

Escuché el crepitar del fuego
en función que me ofrecía
el caótico vaivén
de las copas de los cedros.

Y llamé a la alegría
con un manta memorioso.

Tres días de ausencias han pasado
y el camino hasta tu cama
se hizo corto.

Los cardos no crecieron suficiente
para que yo notara la recompensa
de su informada fotosíntesis.

Nostalgias me añadieron
los caminos pedregosos.

La fauna que se aloja
bajo la primer capa de tu piel morena
se alimentó vehementemente
con los restos blancos
de mi linaje aún increado
que yo dejé sobre tu piel morena.

Y entonces una parva de gorriones
vi volando bajo y desordenadamente
a la orilla del camino
que me llevó hasta tu piel turbia.

Nicolás López Dallara

EL CRISTO DEL CIRIO O EL CIRIO DEL CRISTO (según se mire)

Tragicomedia narrada en dos actos, novelando un hecho real, porque Spain is different

Acto Primero

-¡Fotre amb el Senyoret! -dijo Ignasi- mireu que té mala llet i mala entranya ¡altra vegada ens quedem sense festa, xe!. Aniré a parlar amb el.

-Ud. es que le tiene ojeriza desde hace años al Senyoret, vamos desde que le quitó la novia en el setenta y tres- dijo Ignasi.

-Que no Vicent, que no. Que eso es agua pasada, cosas de jóvenes. Lo que pasa es que Paco sigue siendo el amo del pueblo, de la comarca, las tierras le llegan hasta Polop.

- Pues insisto en que no creo que nos deje sacar el Cristo después de lo que pasó.

-Queda vosté encarregat, Vicent, come a Regidor de Cultura i Festes d'anar a parlar amb el, a veure si le fa entrar en raó.

Vicent, el regidor de Cultura y Festejos, estaba dispuesto a sacrificar esa espléndida tarde de sábado para ir a la Masía Blava a parlamentar con En Francesc, a ver si lograba convencerle de que la Fiesta del Cristo quedaba muy deslucida, mermada y reducida a una puñeta auténtica sin la presencia del Santo Cristo.

El año anterior la romería ya había sido floja sin sacar el Cristo al mar; todo el pueblo en procesión lo había reclamado; los penitentes se arrancaron los cíngulos de los sayales en señal de protesta y anduvieron penitenciando sin tradición y hasta el dolor de sus pecados se les hizo tan nimio que no sangraron porque se les heló la sangre. Los viejos cofrades que durante tantos años habían transportado las andas rechinaron los dientes, y lo peor, los pescadores de la bajura quedaron ese año sin protección divina y las dueñas no pudieron imprecar preñeces y otros dones.

-En Francesc.… Vicent el boticario sabía que el Senyoret se había criado a caballo entre Alicante y Madrid y no solía hablar en valenciano. Don Francisco, no se obceque que le tenemos prometido que no volverá a pasar lo que pasó. Mire usted que sin el Cristo no hay fe, ni hay fiesta y el pueblo se muere. Promesa firme del señor Alcalde que el Cristo lo devolvemos.

-Que no Ferré, que no dejo en manos de gente zafia una escultura de trescientos años que tiene un valor incalculable.

-Palabra, Don Francisco, que se lo devolvemos, argumentó.

-Ni hablar, ni hablar; una y no más, determinó Don Francisco.

Vicent marchó a comunicarle al Alcalde que el Senyoret no quería prestar el Cristo. Hacia años que el Alcalde, le guardaba malquerencia porque le había birlado la mejor moza del pueblo, la Marieta Colomer, que era su novia, el mejor partido de toda la Marina; se la había robado y se la tenía guardada desde el setenta y tres. Ahora era alcalde electo, no de dedo, electo –hacía hincapié-.

La preocupación que el asunto suscitaba, convocó a las fuerzas vivas del pueblo alrededor del Alcalde en el salón de plenos del Ayuntamiento.

-El Senyoret es un cabrón, soltó el Alcalde- es propietario de más de doscientas hectáreas, dos tercios del término municipal, de los naranjales, de la huerta secana, de las masías, del alfaz y de los azudes que aún quedan en uso -decía-. Bien lo sabía, pues sus propios abuelos habían sido guardeses y medieros en El Alfaz en los tiempos de la señora doña Verónica, la bisabuela.

-Pero él ya no está aquí fijo como el abuelo y el bisabuelo. Vive en Madrid, tiene sus empresas y la tierra la conserva y la cuida por tradición familiar. Su señor padre, Don José, ya no se puede ocupar desde que le dio el piriripajo.

Desde el setenta y ocho, alcalde al fin por sufragio, buscaba motivos para detestar, maldecir y molestar al Senyoret. Cuando el pueblo se unció al carro del desarrollo turístico y del desmadre inmobiliario, allá por el ecuador de los setenta, era entonces regidor de asuntos urbanísticos, así que buscó, rebuscó, e ideó la forma de mortificarle con el planeamiento urbanístico; todo parque, zona verde, área de recreo posible, se hicieron a costa de sus mejores terrenos urbanos.

-¡Como todo es suyo, sólo él se jode!- argumentaba.

-¡Hombre, Ignasi, que yo conozco a Paco y es una bellísima persona!; ha ayudado a mucha gente de aquí; que son otros tiempos, defendía Vicent, el regidor de culturas y festejos que son cosas que pueden meterse en el mismo saco.

El Senyoret había estudiado dos carreras, creado empresas sólidas; hombre serio, de honor y palabra como su padre, Caballero de la Orden de Malta, ingeniero militar, afable aunque de fuerte carácter.

-El padre al menos era buen católico –añadió el cura párroco, En Pep-. Nunca faltó a los oficios cuando estaba en la masía. La casta se pierde con las generaciones, rediós.

Definitivamente el santo Cristo del Cirio (en talla de marfil del siglo XVII, de casi un metro y medio sin contar la cruz) no saldría en procesión como había sido tradición y costumbre desde doscientos años atrás, por culpa de lo que pasó en 1978 que casi le cuesta un infarto al padre del Senyoret.

Acto Segundo

Amaneció nubloso; el mar cobró una tonalidad plomiza, pastosa, tirando a tono sucio. En Pep, el párroco, lo tomó como un mal presagio. El Senyor Don José tenía ya quebrada la salud, pero lo bajaron a la procesión en carrito de ruedas. Don Francisco, el hijo, presidiría por vez primera los actos, el pregón, la procesión con los pendones al viento, la misa y el embarque del Cristo.

Iba serio y circunspecto, no porque fuera su carácter, sino para solemnizar, pues él era de natural alegre, jovial, amigo del buen humor y la buena mesa; sin embargo, había aprendido a jugar los papeles que el gran teatro mundano le mandaba interpretar.

Con gran jubileo los cofrades llegaron a la masía de cuya capilla sacaron silenciosos y llenos de respeto el Cristo ebúrneo y lo encajaron sobre las andas para pasearlo por el pueblo. El día no escampaba y a En Pep le supo a mal agüero. Hizo las plegarias, dirigió los cánticos votivos y de alabanzas y asperjó a los romeros con rápidos lances de hisopo. Pero el cielo no se abría, el sol divino no prodigaba sus dones y las recién casadas de las comarcas aledañas creyeron que tal vez no engendrarían ese año niños sanos.

Chispeó intermitentemente durante todo el recorrido. A Don José en su sillón de ruedas lo fue siguiendo la hija de Marianita cubriéndolo con un paraguas. Ya no era el mismo de antes cuando lucía sus galas de teniente coronel de la Benemérita. Ya no marchaba el primero detrás del señor retor. Ahora el Senyoret Don Francisco abría el cortejo con paso airoso y gesto adusto.

Hasta el borde de la playa llevaron al Cristo del Cirio y lo embarcaron en el pesquero más lustroso; bordeó la costanera, pero no penetró más a la mar, no fueran a arreciar los vientos y se malograra totalmente el festejo.

Apenas llovió, pero en el aire se sentía la humedad de las nubes que no rompían; el trayecto de vuelta a la iglesia parroquial se realizó a medio trote, sin la solemnidad a que estaban los vecinos acostumbrados y todo fueron quejas y murmuraciones de los romeros que ni tiempo tenían para lanzar sus preces a la imagen bendita.

Terminada la misa, la iglesia se fue vaciando de parroquianos. Entró primero el Cristo alzado por los costaleros; los señores fueron los últimos en salir cuando ya la furgoneta que había transportado al Cristo del Cirio desde la masía maniobraba para recoger la espléndida pieza y devolverla a su capilla.

Don José, ya está fuera del recinto; salen el Senyoret y la Marieta intentando acelerar el paso no vaya a ser que rompa el cielo y se les vengan encima las aguas. En el preciso instante en que los cofrades dejan las andas y parece que los mozos de la finca están entrando en el recinto, se cierran precipitadamente los portones profiriendo un portazo seco que deja a los mozos de la masía clavados en el quicio.

Todos boquiabiertos se giran en redondo; la niña de Marianita que conduce el carrito de Don José, no sabe si dar vuelta o quedarse quieta en el sitio. Fue entonces cuando Don Francisco gritó ¡serán mamones! y aporreó las puertas con el bastón. Pero nadie abrió ni respondió. Desde una ventana lateral, asomó el alcalde la cabeza y gritó “El Cristo no sale ya de aquí”. Y entonces se armó el Cristo como suele decirse en España, porque “Spain is different”.

De vuelta a la masía, tienen que acostar a Don José a punto de que le dé un jamacuco de los fuertes; está enfadadísimo, pero, antes del reposo, surgen la decisión, la autoridad y el mando que nunca le han abandonado ni en los peores momentos de su vida; ha cogido el teléfono y ha llamado al Gobernador Civil y al Señor Obispo, sus buenos amigos, para que ordenen la inmediata devolución del Cristo.

-Un latrocinio, Albert, robo, expoliación, delito- no se puede consentir que la representación civil atente contra la propiedad.

La chica de Marianita corre a las cocinas a preparar una tisana de tila mientras acomodan a Don José en la cama. Pero pasan las horas y las gestiones no prosperan porque el Señor Alcalde y el párroco En Pep no se amilanan.

Tras el descanso, Don José se endereza en su lecho doliente, rebufa, pide noticias de la situación, sopesa la demora y amenaza a todos con dar cuatro collejas y dos tiros si es necesario, si no se avisa a la tropa, sus hombres de Harrelson, el retén de la Guardia Civil, que se presenta con tricornios y capotes en la Iglesia gritando “abran a la autoridad”. Dispuestos vienen a echar la puerta abajo y rescatar el Cristo de su Teniente Coronel, emérito del cuerpo de la Benemérita, porque cuando se ha sido del Cuerpo se es del Cuerpo hasta la muerte. El párroco abre al fin una de las puertas y sale tímidamente mientras le apuntan los mosquetones.

Así están las cosas en los pórticos santos; dos tricornios, dos uniformes verdes y dos armas apuntando al retor que no disimula estar cagadito, cuando llega en coche oficial el Gobernador en persona para increpar al Alcalde y recordarle sus deberes ciudadanos, con la amenaza de expediente de desobediencia civil y suspensión del cargo.

El párroco intenta explicar los hechos al Gobernador con un hilillo de voz acojonada. Ciertamente, el Obispo le había llamado al orden, en términos de ¿pero quien es usted para tomar esas decisiones?; es el Obispado el único que puede pedir la donación del Cristo.

Pero no habrá jamás donación a esos munícipes bárbaros ni a ese cura traidor y exaltado que ha resultado ser más rojo que los ediles. Don José, que ya había señalado la dádiva en su testamento, manda llamar al notario para un codicilo rectificativo. Los del pueblo se han quedado sin Cristo por malparidos y bravucones.

Salió el Cristo a hombros de los insurrectos, escoltado por los tricornios que ahora apuntan al cielo y no al señor párroco; fue cargado de vuelta en el furgón de la Benemérita que lo llevó a la capilla de la Masía Blava, de donde jamás salió para procesión o fiesta alguna.

Don José ha fallecido hace años y Don Francisco no ha dejado ya jamás sacar el Cristo. Sólo los mayores del pueblo se acuerdan de lo acontecido; el pueblo ha crecido desmesuradamente y se ha llenado de ingleses; todo ha cambiado mucho, las fiestas ahora son populares y populistas, puro jolgorio de comida y vino; los jóvenes le dan al botellón con mucho ímpetu y no saben que en su pueblo, no hace mucho, hubo una Fiesta votiva en que los pescadores y sus familias pedían amparo y peces a su Cristo del Cirio, pero después de aquel cirio, ya nunca se paseó al Cristo.

Mercedes Rodríguez García-Olías

Cuando yo muera

Cuando mi cuerpo esté en el cementerio
enterrado en un nicho de cemento,
mi alma se elevará hasta el firmamento
como guerrera espada de su imperio.

Cuando mis huesos sean en cautiverio
reducidos a polvo ceniciento,
yo quedaré en la nada descontento
sabiéndome llegar a tal misterio.

Cuando yo muera, suenen estos versos
a campanadas vivas y festeras
del soneto que escrito en vida dejo.

Y broten por caminos muy diversos
margaritas de luto mensajeras,
mas mi muerte no es causa de festejo.

Lucia Espín

La herencia

Como las hojas de un árbol
herido por el tiempo
caen en el olvido
de una tierra en penumbra.

Son aquellos que abandonan
la habitación en silencio,
con la absurda plenitud
de un brevísimo responso
y un murmullo como de tiza
en la punta de los labios.
Son nuestros seres queridos; se marchan
en mitad del invierno,
abandonan el misterio cuando rebasan
el borde de su propio abismo, mientras
presienten la inminencia
de una noche aún más fría,
y un temblor persistente
les recorre la angustia.
Son aquellos que intuyen
la evidencia de que nada
de cuanto les sucede nos importa.
Son los que al morir nos transfieren
el hondo sufrimiento que es la vida,
esa herencia inmaterial
cosida al devenir de una deriva;
legítima parte de un todo
a la que no podemos renunciar.

Fco. Javier Fernández

Gaia

A nuestra enorme casa
ahora la llaman Gaia.
Tras ese hermoso nombre
se oculta un mundo vivo,
un sin fin de procesos
que entre sí se equilibran.
Cuando yo era muy joven
antes de ser de día,
montado en bicicleta
al campo me salía por ver las viñas,
y el campo me cercaba
hasta aquel horizonte
que el cielo limitaba.
Una alfombra bellísima
de cultivadas tierras
de trigales y vides
me llenaba de gozo,
aunque yo no sabía
que sus limpios colores
estaban revelando
las complejas reacciones
que la luz transformaban
en tejidos y células
que permitían a Gaia
ser la incesante vida
que a sí misma se crea,
que hacían posible a Gaia
ser la madre nutricia
que evita las catástrofes
y pone los remedios
para que las metrópolis
donde tantos millones
de seres transcurrimos
puedan ser habitables
por mucho que sea el humo
que surja de las fábricas
por mucho que los peces
nuestro veneno beban.
Siempre Gaia remedia
las humanas acciones,
siempre Gaia dispone
lo que la vida salva.

Pero ante tanto absurdo
detritus incesante,
¿Podrá Venus nacer
de sucias aguas?
¿Continuarán las viñas y trigales
siendo bellos y verdes y tan vivos?
Como yo los veía en aquellas mañanas,
hace tanto.

Manuel Parra Pozuelo

Sólo era un niño

Andando por mi puerta pasa el hambre
mostrando su primera dentadura,
mal nutrida y de poca envergadura,
trémula sobre sus piernas de alambre.

No conoce su origen, su raigambre
esta hambrienta y delgada criatura,
víctima de esta ¡infame! dictadura,
y de este multitudinario enjambre,

de buitres circulando bajo el cielo
esperando el derrumbe de su presa,
sin vida dando vueltas por el suelo.

Son perfectos maestros en su vuelo
estas aves de pelada cabeza,
arrogantes y frías como el hielo.

Trinitario Rodríguez

DE CAMPESINO A OBRERO JUBILADO

Almuerzo de segadores. Luis Carnicero Casado

Quizás se sintiera como exiliado en un país extranjero, pero no era así. Saoro, en Alicante, cambió sus aperos de labranza por la llana, la maza y el cemento.

Aún resonaba en sus pensamientos la voz de Marianica, su mujer, cuando le dijo que, casadas sus dos hijas, lo mejor que podían hacer era vender sus tierras y marcharse a la capital.

El campesino había oído decir en el bar del pueblo que en la ciudad se construían muchas casas. Y que, además, se pagaba muy bien.

Aparte de que los obreros -decían- compraban o alquilaban esas mismas viviendas para habitarlas. Y que en ellas se vivía estupendamente.

Eso debía de ser cierto -pensó entonces- porque lo había escuchado en más de una ocasión.

Así que se decidieron a cambiar de vida, en contra de la opinión de sus hijas y yernos que tenían una visión más real de la situación.

No quiso Saoro correr la misma suerte que Vicenta, la viuda de Antón, a la que recordaba alguna vez. Así que vendieron las tierras y se marcharon.

La llegada a la capital fue deprimente. Vivieron, primero, en una pequeña pensión y luego en una penosa casa del extrarradio en régimen de alquiler, por un tiempo, para finalizar comprando un “pisito” de noventa metros cuadrados en el Barrio de Carolinas Altas. ¡Todo un lujo para su pequeña economía! Y, aunque contaron con toda la menguada y desinteresada ayuda monetaria que les fue posible dar por parte de su familia, junto a lo poco que les quedó de la venta de la hacienda, no les resultaría fácil terminar de pagar aquel nuevo hogar.

Eran tiempos muy difíciles, pero los años transcurrieron entre sudores y andamios hasta que, un buen día, Saoro se jubiló.

Al año de ello, cuando la pareja iniciaba una vida feliz y tranquila, Marianica enfermó y murió, dejándolo solo en aquella casa que se le antojó, entonces, inmensa y vacía.

De eso ya habían transcurrido muchos años. Tantos, que el anciano los recordaba con cierta mezcla de sabor agridulce mientras permanecía sentado al frescor de una

tarde otoñal en el balcón de la casa mientras veía, sin prestar atención, como los coches transitaban aceleradamente por la Avenida de Jijona, próxima a su edificio. El anhelo de los buenos tiempos vividos junto a su mujer, le removía el dolor de su nostálgica ausencia.

Y es que, además de eso, su rutina de lunes a viernes se le hacía pesada:

Por las mañanas al ambulatorio o al especialista, donde sólo se hablaba de dolencias por parte de los pacientes, cosa que aparentemente le molestaba, pero que en el fondo le divertía, mas que nada, porque a él le parecía una singular competición por ver quién estaba más grave.

Después, una comida escasa pero sana para la salud de este anciano, al que su laboriosa y esforzada existencia le pasaba su factura con algún que otro achaque, pero que, a pesar de ello, solía decirle a Don José, su médico, que se encontraba bastante bien para sus setenta y ocho años.

Y tras la siesta, un poco de televisión o lectura, dependiendo siempre del programa televisivo que estuviera viendo, para continuar sentado al lado de su ventana bien abierta acompañándose de sus pensamientos. Y si hacía bueno, hasta entrar el anochecer. O bien, podía salir a andar un poco si le apetecía, sobre todo en los primaverales atardeceres. Entonces, solía acercarse por la Plaza del Sol, conocida por el vecindario como la Bola de Oro, lugar éste, donde casi siempre encontraba a Juan, uno de sus pocos amigos de su edad, con el que hablaría de lo divino y lo humano, retirándose ambos al caer de la fresca noche.

Los fines de semana salía de aquel ambiente tan tedioso como cansino, cuando sus hijas lo llevaban a alguno de sus respectivos chalés.

En otras ocasiones, eran sus consuegros los que le invitaban a pasar esos días en las casas de campo que ellos tenían en la montaña.

La aburrida realidad de este anciano le hacía refugiarse en su memoria como se refugia un naúfrago en su tabla, en mitad de ese mar, que Saoro gustaba de contemplar siempre que tenía ocasión.

Sus nietos y nietas, jóvenes e independientes, solían visitarlo alguna que otra tarde de sábado lluvioso y desapacible.

Pero, tras marcharse, Saoro se quedaba solo y reflexivo en su sofá azul, pensando en que quizás no hubiera sido tan diferente el destino de Vicenta respecto al suyo.

A él no se le olvidaba el hecho de que un día abandonó el pueblo que le viera nacer, por seguir los pasos de las hijas, entonces recién casadas, y que partieron de aquel lugar con la ilusión de un nuevo, esperanzado y prometedor futuro en la ciudad, como también haría él.

Pero ese lugar quedaría allí, en el corazón del anciano. Y es que Saoro tenía el presentimiento de que no volvería a verlo jamás.

-¡Ay, mi Partida de la Hoya de Elche! -suspiraba el anciano.

Quizás hubiese sido mejor quedarse en la pedanía. Pero, entonces sólo hubiese tenido por compañera a la triste soledad, a la sombra oscura y delgada de las altas palmeras, para esperar una muerte umbría al amparo de sus entrañables y queridos vecinos- pensaba Saoro con amargura.

Entonces, el futuro inmediato vino a rescatarlo de aquellas cuestiones, ya que sería el próximo sábado, cuando su hija lo recogería para ir al bungalow de la playa cercana a Santa Pola.

Una disimulada sonrisa asomó a su rostro. Y se dijo con orgullo y cierta solemnidad:

-Nací campesino. Fui obrero. Y acabé jubilado.

Pero en el fondo de mi alma llevaré siempre un frustrado marinero que ama el mar, este mar tan mío, mi mar.

Luis S. Taza Hernández

Un don Juan cualquiera reflexiona antes de acudir en busca de doña Inés

El silencioso muro
te recubre ruinosa
esta noche de oraciones y penumbras.
Por el día vagas llena de maitines, de Horas,
de pasteles que venden tu sonrisa.
De la fruta sagrada ya mordiste
buscando la eterna juventud:
preservar tu sagrada fruta
en el voraz mercado de la carne
dándole a Dios por presupuesto
la manzana prohibida de tu sexo.

Cada noche te soñaba diferente
pero siempre desnuda,
abrazándote nerviosa
a mis sábanas, revolviéndote
felina entre mis piernas,
caracola sedienta de caprichos,
y mi lengua buscándote la boca
y un paraguas abriéndote manzanas
y Dios lloviendo omnipotente
que te llama y te escucha y te calienta:
y no sabes que es mudo y que no oye
que miente con susurros que son míos
que además de ser frío es impotente.

Y hoy tras el mármol te recoges
con todos los secretos que soñaba
y ya no sé si estoy fuera o estás dentro,
si atravieso, si golpeo, si no salto
el muro silencioso
que recorre tus ruinas.

Víctor M. Sanchís

LA NIÑA

A Emilia, alma de luz

Soñé con una niña hermosa y suave como la claridad que tiñe a los almendros en el Mediterráneo. Era su cara de una tez blanca, impoluta y eterna, tres calificativos que se adhieren al tiempo y que marcan un ritmo terso y leve, perpetuando su lánguida belleza en los hilos de una historia de leyenda.

Eran sus ojos de un verde misterioso que, al punto, conquistaron mis sentidos y me llevaron a una selva de lejanos recuerdos. Eran dos bosques de tibia sencillez en el centro de una luna inmaculada; tan silentes, tan ciertos, tan insondablemente perfilados que difundían un delicado miedo, un respeto sutil. Me miró desde lo más profundo de su vida y me llenó de una energía sublime que me invitó a seguirla en su camino.

Era un bebé precioso con una piel fragante y un pelo negro de ensortijada noche, de sinuoso rizo. Poseía la criatura unos labios carnosos y rojizos dibujados con trazos minuciosos. Me sonreía con su faz luminosa, emitía sonidos guturales, como músicas del cielo.

Jamás conocí un rostro tan amable como el suyo. Fue como ver un ángel, un querubín alado. Fue un encuentro feliz, una cita de ensueño, con momentos de plácida ternura que han quedado grabados en mi interior con fuerza, con el poder que tiene la luz por las mañanas. La llevé a pasear en su carrito, le mostré la ciudad, la presentí dichosa. Una estela de amor nos envolvía.

Retomé mis quehaceres cotidianos y descubrí a la pequeña de mis sueños en un semblante querido y muy cercano, al que dedico estas exiguas palabras.

María José Arques Cano

La noche me pregunta por tu nombre

Atardecida...

Hay un silencio en este cuarto donde habito
comparable a la paz de un monasterio.
Pasé la tarde entre lecturas,
entre bebidas frescas, isotónicas,
entre mensajes y respuestas.
No he probado el vino de tus labios:
el dolor de amarte,
el dolor de tenerte y no tenerte,
punzón de compartirte.

Conticinio...

la noche me pregunta por tu nombre,
en la ventana del silencio
veo tu luz
y ya el sueño se me pierde
como a un adolescente cafeinado,
estimulado por la madrugada
blanca como la tez de un mimo muerto.

Sergio Gadea Escudero

Si yo pudiera

Julieta: ah, no jures por la luna,
la inconstante luna, que cambia de mes a mes
en su esfera circular; no sea que tu amor
resulte igualmente cambiante.
William Shakespeare en (Romeo y Julieta)

Si yo pudiera
me dejaría llevar
por un holgado de dulzura,
bajo el arco grandioso de la noche,
en noches
ausentes de alambradas
y de albas deslucidas.

Si yo pudiera
acortaría el suplicio
del nardo perfumado sobre el cuerpo,
simétrico reloj de lentas horas
que aviva la quimera,
aliento de verdugo sin caricias.

Si yo pudiera
confesaría el llanto contenido,
sonámbulos despojos
que apagan la mirada,
cenizas a raudales
de lunas esparcidas.

Si yo pudiera
de la inconstante luna liberarme,
serenaría el onírico cansancio,
demoledor delirio,
del soñador
que nunca fue soñado.

Mª Amparo Benito Díez

TRAS LOS PASOS DE AQUELLAS FLORES DE INVIERNO

La viajera descansa. El recorrido, esta vez, lo efectúa por los caminos del recuerdo. Se retrotrae a sus años de niña cuando admiraba con candor las pequeñas cosas. Camino de la escuela de la mano de su padre por la vereda florida, destellante, que en esa época del año, la envolvía en un intenso amarillo. Se mostraba aquel esplendor entre la vegetación desnuda de enero. El hielo se formaba en los charcos, los carámbanos pendían de los tejados y de las ramas sin hojas de los árboles. Un frío intenso enrojecía su nariz y le hacía doler las manos y los pies en un helor irritante. Las mimosas bordeaban el camino con su colorido, con su fragancia y con su textura de terciopelo. Alegres y tersas como si el frío las enervase para ser más rutilantes y más bellas. Los montes de Galicia se cubrían de estos ornatos en medio del descanso de la otra vegetación caduca, que en su desnudez incubaba la savia para descollar al fin en radiante primavera. Recuerda su admiración por estas flores y las conversaciones que mantenía con su padre.

-Papá, ¿las mimosas no tienen frío?

-No. A las mimosas le gusta el frío y la helada.

-Papá, al limonero de la huerta, la helada le quemó las hojas y está triste y mustio. Igual le pasó a los rosales. Y tú le pusiste tejaditos de paja a los injertos para que no se muriesen de frío las yemas. Y a mí me salen sabañones que de noche me pican y no me dejan dormir. El frío no es bueno. Pero estas mimosas son tan bonitas...y sólo florecen en pleno invierno.

-Sí, el frío causa muchas molestias, y si es muy fuerte, daños irreversibles. Pero la naturaleza lo necesita para su ciclo vital. Los rosales darán rosas más bellas cuando broten en primavera, y las manzanas y las cerezas serán de aroma más intenso. ¡Hala!, ya llegamos. Ahí está Merceditas esperándote. Hasta la tarde. Dame un beso.

La estrechaba con fuerza entre sus brazos y le daba un empujoncito hacia Merceditas, la maestra, que la esperaba en la puerta. Ésta se quedaba hablando con su padre de cosas, mientras ella se apresuraba al interior donde las niñas ya formaban fila para la lectura en voz alta. Recogía su libro Manuscrito de la estantería y se incorporaba al grupo. Leer en voz alta, con voz clara, haciendo bien las pausas y la entonación era lo que más le gustaba. Y sabía que lo hacía mejor que Lolita, a quien siempre ponían de ejemplo. Pero como la maestra tenía amistad con sus padres lo comprendía. Su padre se lo había explicado. A veces se distraía y le mandaban seguir y no sabía por dónde iban y las niñas se reían. Resultaba vergonzoso y se ponía roja y no daba pie con bola. En ese momento odiaba a la profesora y a todos los que le decían que debía dar ejemplo. Ella en su casa tenía muchos libros y aquellas niñas, hijas de campesinos, apenas uno. Por ser la hija del médico debía ser comprensiva. De todas formas, tenía una amiga, la mayor de todas las niñas, que iba a aprender costura al salir de clase. Lolita la protegía de las demás niñas que se metían con ella. En esos momentos le apuntaba el reglón en el que estaban leyendo. Recuerda aquellos días de frío y flores. Aquellas pequeñas cosas que componían su mundo. El salón escolar decorado con grandes ramos amarillos metidos en los más variados envases. El aroma de entonces iba unido al arroz en blanco, al que odiaba. El arroz que la maestra preparaba para comer. Su casa estaba lejos y se quedaba a comer en la escuela. Era muy halagadora y no podía dejar mal a Merceditas que se comía aquel arroz y encima decía que estaba rico, ella no debía rechazarlo. Desde entonces no es capaz de masticar el arroz aunque esté bien sabroso. Qué recuerdos, siempre

envueltos en las espléndidas flores. El arroz insípido lo asocia con el olor de las flores de invierno. Son sensaciones que quedaron ligadas en su subconsciente.

Los domingos iba a misa por la mañana y se quedaba a la catequesis. La iglesia románica, rodeada por el cementerio, se encontraba alejada, en un monte, en lo alto, enmarcada dentro de un cinturón de alegres mimosas. Un olivo centenario daba majestuosidad al lugar. Todos los altares lucían ramos de las flores invernales que rodeaban el atrio. Eran tan espesos los ramos que no se veían sus hojas verde azulado, sino una gran mancha amarilla de intensa fragancia. Y entre los cantos del catecismo y el tropel de la chiquillería, los bancos de madera y la resignación de Don Joaquín, el cura, permanecían toda la mañana hasta la hora de salir en que galopaban alegres por el pasillo empujándose unos a otros para entrar por los enrevesados bosquecillos de mimosas y coger las más hermosas para llevarlas a sus casas. En casa mamá las ponía en el comedor. A cambio de cortar en el monte tan fragantes ramos, éstos me dejaban algunas secuelas espinosas en forma de arañazo que yo misma me desinfectaba con aguardiente. Cómo ardía. Y soplaba en la herida con fuerza, prometiendo que la próxima vez tendría más cuidado.

La vida de la aldea cambió. El paisaje se transformó. Ahora las casas se acercan a la iglesia y en el bosquecillo de las mimosas está el nuevo cementerio.

La viajera recuerda esto desde otro lugar. Hace muchos años que no ve la maravilla de la mimosa, *acacia farnesiana,* en los montes de su tierra, con sus cabezuelas axilares pintando el paisaje de intenso amarillo. Dice la botánica que es muy apreciada en jardinería, pero no en los jardines de esta zona en la que vive. A veces piensa en viajar en invierno a su aldea para reencontrarse con aquellas manchas de luz y volver a deleitarse con su aroma. La experiencia le dice que las imágenes del recuerdo no existen en la realidad actual. La avaricia de los ladrilleros quizá haya arrebatado del paisaje aquella luz. Y los incendios que asolan continuamente los montes hayan borrado estos parterres. La viajera cree que es mejor dejar dormir el recuerdo y no volver en busca de la realidad.

Otra flor que no se da en estas latitudes levantinas, es la camelia. Originaria de Japón encontró en las Rías Baixas un paraíso de saber estar, y da sus mejores pétalos en las noches de enero y febrero. De múltiples colores y variadas formas componen el ornato de jardines y plazuelas. Aunque hayan desaparecido los hermosos camelios de la casa materna de la viajera, ésta puede contemplarlos en muchos rincones mostrando su espléndida carga. Es cierto que jugaba de niña con ellas maravillándose de su blancura, y de como se oxidaban con el menor roce de los dedos, tal es su delicadeza. Hoy la comarca celebra un gran concurso internacional al que acuden con camelias de jardines de Europa y Oriente. Esta diferencia entre las mimosas, que están al borde de la extinción, y la camelia, quizá, esté en que la camelia es adorno de jardines de gentes acomodadas y la mimosa una planta común que crece silvestre en los montes. A pesar de su belleza nadie la protege por el entramado de sus raíces y de sus troncos que eliminan otras plantas.

Por dentro de los bosques de mimosas se formaban intrincados laberintos ideales para jugar los niños al escondite y a pillar y a otros juegos que no recuerda. Entre ellos quedaban despejados caminos por los que podían correr, porque no crecía otra vegetación. Sólo tenían que tener cuidado con las espinas que poseían sus ramas. La viajera sabe que esa clase de mimosas es difícil que se vuelva a ver. Retoma el hoy y deja sus apuntes de recuerdos en un rincón de su mente. Los montes están lejos en el norte de España. Una viajera procedente de Galicia le dijo que en la Galicia profunda, de bosques y fragas, florece la *acacia farnesiana* con abundancia poniendo una nota colorida en el paisaje gris.

Airam Lebasi

Toc-Toc las cárceles

Amenazadas las fronteras del Norte
por la explosión demográfica del Sur,
por la emigración que se avecina
y adivina imparable del Este.

Sin la necesaria tasa de natalidad
para reproducirse biológicamente,
a la subespecie animal
autoproclamada raza blanca.

A la cultura del despilfarro
se le hunden sus valores y su mundo,
se le hunden las bolsas y las bases,
los pilares y cimientos de su poder.

A los blancos caníbales y antropófagos
de los suyos y de sí mismos,
les tiemblan las patas y las manos
cuando oyen el toc-toc en sus puertas.

Se desesperan, aterrados,
por la ola de criminalidad
e inseguridad ciudadana
que les acosa y les azota.

Chicago, años veinte y la ley seca,
Al Capone y Los Intocables,
historietas y cuentos para dormir
hoy los niñitos de biberón.

Quienes siembran la miseria y la violencia,
a los de la doble y triple moral, prisioneros
de su caca y de la coca, les tiembla el alma
cuando alguien se les acerca pidiendo su pan.

En los EE.UU. y en la CE los blancos
se sienten machos y seguros de sí mismos,
ricos y ufanos, van bailando y silbando,
marcando, pisando fuerte en el asfalto.

Y cuando se les acerca un negro o un moreno,
un indio o un amarillo que no sea japonés,
dan un salto y retroceden espantados,
huyen como perseguidos por el diablo.
Escapan despavoridos de sus propios pecados.
Cierran las puertas blindadas
de sus corazones y de sus almas
con mil cadenas y candados.

Se esconden detrás de los cerrojos,
debajo de las camas y en los armarios,
en los sótanos y refugios
de plomo y hormigón armado.

Se encierran y se encadenan
los de la miserable opulencia,
en las cárceles del cuerpo y del alma,
de su angustia, tortura y locura.

Olivier Herrera Marín

Todos los días son felices

A mis nietos

Para vosotros todos los días son felices;
no miráis el tiempo en los relojes
ni contáis el paso de las horas.
Los árboles son árboles sin sombras,
el césped, un lugar para jugar partidos,
la playa, la risa azul de los veranos,
los barcos, la sede de los cuentos,
-con Simbad soñáis en recorrer los mares-.
Plenas están las espigas de los días:
el colegio, los deberes, el juego, los amigos...
¡Cabe tanta alegría en vuestros ojos!
Crecer es un trabajo intenso y excluyente
que no sabe de nostalgias y otras tonterías.

María Rosario Mohinelo

EL TREN GRANADINO

Recordar es pasar otra vez por
el corazón de nuevo.
Aunque también puede ser que recordar
sea simplemente hacerse viejo.

El Granadino es el nombre que llevaba el tren. Tenía su entrada en la estación de Callosa de Segura a las once de la noche. Su silbido, prolongado y armonioso, se dejaba oír en el silencio cuando la gran mayoría de los habitantes del pueblo estaban durmiendo.

Aquel tren, que muy pocas veces tuve oportunidad de ver, significó mucho para poner en marcha el mecanismo de mis fantasías. Fantasías que en mi adolescencia quería hacer realidad. Debido a que mi padre nunca estuvo con nosotros, siempre pensaba que vendría en ese tren. Desde la oscuridad de la habitación, despierta, como en un desdoblamiento de mi persona, salía corriendo camino de la estación y a mitad de la gran avenida, se producía el encuentro. Yo me colgaba de su cuello abrazándolo. Era guapo, olía bien, estaba tan elegante con su traje oscuro y su bigote de galán de cine de los cincuenta.

Otras veces, me imaginaba cogiendo aquel tren en marcha para ir a no sé que parte y vivir otras historias como las que recordaba haber leído en mis primeros cuentos.

Me viene a la memoria un relato ruso de “Petras Cvirka Mikitus". El pequeño protagonista, cuando la realidad de su aldea era dura debido a la ocupación nazi, se imaginaba construyendo un navío. Metía en él a todos los campesinos del lugar y mentalmente emprendía la navegación rumbo a otra parte.

Legítimos y pequeños paseos por la mente, obligación de todo ser humano, cuando la realidad, a edades muy tempranas, por su dureza no ha sido asimilada.

Mati Bautista

Arde una puerta

Arde una puerta,
cómo podría si no
combatir las cerraduras
hostiles de tu boca.
Arde una puerta
y los pestillos saltan,
vuelan los clavos
precipitando su herida
a la calzada,
agonizando en la ceniza
que fue su fundamento,
huérfanos de materia
en la que hundirse.
Arde una puerta
y el instante
se vuelve encrucijada,
por donde salen
tus ojos inquilinos
del espacio cerrado
de la casa.
Arde una puerta
y toda la razón se escapa.
Las fotografías
siguen allí temblando,
saben que el viento
pronto esgrimirá sus alas,
y dejará diáfanos los muros,
los recuerdos serán
parcas palabras.
Transitará desnuda
la esperanza, sin temor
a tu fría indumentaria.
Arde una puerta.
Ya nunca más
será cerrada.

Julia Díaz Climent

EL ASESINO

Narrador: El que narra una historia. Puede ser un protagonista del cuento, puede ser alguien ajeno a la narración. (De mis notas de un taller literario).

Al anciano señor Luciano Escobar lo hice morir en la biblioteca, atravesado su pecho por una de las espadas que su anfitrión, el señor marqués de Cubas, colecciona.

El libro que estaba leyendo, y que vimos salpicado de sangre, era “El lobo estepario”, de Herman Hesse. Lo tenía abierto donde puede leerse: “me daba cuenta de que aquel hombre estaba enfermo…”

Cinco huéspedes fueron recibidos en el palacete una tarde invernal de 1960.

El señor Luciano Escobar apareció asesinado y soy el único responsable de su muerte; no se olvide ni se busque otro distinto. La espada o sable era una katana de samuray —no sé si el dato es básico en el cuento, pero así lo hago constar—.

Quedan varios invitados, el que los recibe y el mayordomo. Permítanme que los presente:

Fernán Acebedo, marqués de Cubas, que ha invitado a sus pocos amigos porque sabe sumar la ganancia con el ocio, la astucia con el secreto.

Alfred, el leal y abnegado mayordomo.

Henry Stuart, el multimillonario, un inglés sibarita y sumamente refinado. Al tercer día hice que muriera repentinamente en la cocina. Su esposa encontró el cadáver la mañana del cuarto día.

Francois Gibaud, un francés amante del buen cine, muerto en la sala privada de proyecciones, mientras disfrutaba con “Ciudadano Kane”. Con exactitud, la muerte le sobrevino cuando la cámara muestra en primer plano que “Rosebud” es el trineo de juguete del pequeño Kane, es decir, cuando acaba el film.

Margaret, la señora de Henry Stuart, apareció ahogada en la bañera. Se había tomado un Draemer. Ella misma lo preparaba: ponía en un vaso mezclador con mucho hielo, un tercio de Brambie, un tercio de whisky escocés y otro último tercio de vermut. Se remueve bien y se sirve con un trozo de piel de limón en una copa de cóctel. (La policía no vinculó la ingestión de la bebida con la eliminación de la mujer). Fue el mayordomo quien la encontró sin vida.

Asimismo, tuve que hacer desaparecer al mayordomo, y para ello cuento que un cigarro (Alfred era un fumador obsesivo) produjo un espantoso incendio en el invernadero, y el sirviente pereció entre las llamas.

Recapitulemos: el señor Luciano Escobar iba a continuar leyendo en "El lobo estepario":… "del ánimo o del carácter, y se defendía contra él con el instinto del hombre sano". Herman Hesse es un magnífico novelista. Les animo a la lectura completa de "El lobo estepario" o de "Siddharta".

El señor Henry Stuart fue encontrado muerto por su esposa, como antes dije. Gastrónomo y cocinero, acababa de elaborar, antes de salir del cuento, un "Canard au sang", exquisito plato de la mejor gastronomía francesa : "Se necesita un pato de seis a ocho semanas de edad como máximo, y engordado en los últimos quince días. Se mata por asfixia para que no pierda la sangre. Con las manos de otro pato se prepara antes un consomé- Henry Stuart asó el pato unos veinte minutos, luego lo llevó al comedor. "Se pica el hígado y se le añade un vaso de Oporto y otro de coñac. Se quitan luego las patas y se asan por separado a la parrilla. El pato se corta en lonchas, que se dejan en la salsa previamente preparada con el hígado, y el corpachón se pone en una prensa especial que extrae su sangre, a la que se añade el vaso de consomé". Henry Stuart lo hizo así, en una bandeja de plata recalentada por lámparas de alcohol. "La salsa se calienta y se bate durante veinte minutos, hasta que comienza a tomar un aspecto y color como de chocolate derretido". A continuación, puso las lonchas en una fuente bien caliente, la cubrió con la salsa y con unas patatas soufflés. Los muslos asados a la parrilla se sirven con lechuga tierna.

La señora de Stuart ya no existe, pero no tengo inconveniente en certificar que el cóctel "Draemer" está delicioso, como también está sabrosísimo el "canard au sang". Francois Gibaud, el francés cinéfilo, ya hemos dicho que no sobrevino al The End de la excepcional película de la que fue co-protagonista, productor y director Orson Wells, una parodia satírica de la vida real del magnate de la prensa norteamericana William Randolh Hearst.

Me van a decir ustedes que, por eliminación, ya que es el único personaje que ha quedado vivo, el asesino de los invitados y del mayordomo ha de ser el señor marqués de Cubas. Pero tengo que decirles que no, que la cosa no es tan sencilla, y el señor marqués no es el asesino.

A lo largo de toda esta historia he recalcado que se trataba de un cuento. Lo he dicho por activa y por pasiva, lo he repetido varias veces. Si se trataba de un cuento, y si he asesinado en él a casi todos mis personajes, yo, el NARRADOR, en el mundo de la imaginación, que es para mí el verdadero mundo que existe y en el que existo, soy el único y absoluto culpable, soy el asesino.

Francisco Alonso Ruiz

Sombra permanente

Tengo una densa sombra permanente
acechando a los miembros de mi casa,
y a los hijos del labriego Vicente.

Huertanos de cultura y ropa escasa
nacidos en las huertas del Segura
mirando cual riada como pasa.

Limpiando toda clase de basura,
el estiércol que sobra en los casinos
dejando solamente la hermosura.

El constante susurro de los trinos
del esquivo gorrión de las palmeras,
las eras, el sembrado y los molinos.

Gourmet de las higueras pajareras
esparcidas por mi huerta oriolana,
rodeadas de maizales y moreras.

Duermo sobre un colchón marrón de lana
tan frío que por nada se calienta
pegado a los riñones de mi hermana.

Ando por debajo de una tormenta
de rayos verticales y granizo,
cada día más hiriente y violenta.

Desolado me encuentro en mi chamizo
cavilando sentado en una silla
mirando un ruiseñor que está enfermizo.

Soy vecino del pueblo Jacarilla
nacido en un lugar de jornaleros,
limonares, romero y manzanilla.

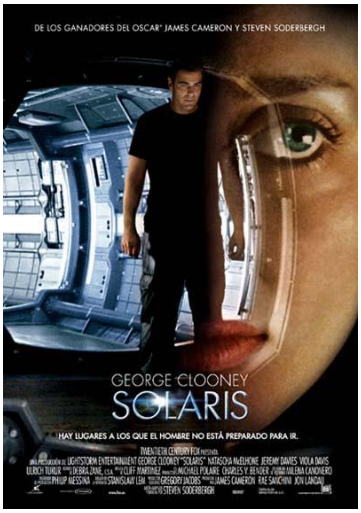
No me gustan los hombres traicioneros,
todo aquel que comete un atropello
y subyuga a los seres más sinceros.

No podrán usurparme todo aquello,
la herencia que mis padres me dejaron
en la parte inferior de mi cabello;

los mismos que un mal día fusilaron
fríamente al poeta granadino
y en un barranco inerte lo dejaron.

Trinitario Rodríguez

Doctor Kelvin



Regresas de la muerte
pero ya no eres tú;
abandonas el mundo
de las sombras
convertida en una de ellas,
vestida con tus despojos…
sombras al cabo.

Ahora ya conoces
la verdad,
no eres la mujer
que amé un día,
eres sólo un reflejo,
una parte,
una escoria
de mis recuerdos
tuyos.

Ya no te llamas Hari;
ahora,
tu nombre es Solaris.
Y, sin embargo,
¿por qué te sigo amando?,
¿por qué me recuerdas
tanto a ella?

Joaquín Juan Penalva

BARBARIE Y DESHUMANIZACIÓN EN LA CINEMATOGRAFÍA DEL SIGLO XX

El 6 de agosto de 1945, el presidente Harry Truman ordenó el lanzamiento de una devastadora bomba nuclear sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. A las 8:15, el bombardero B-29, “Enola Gay”, dejó caer sobre la población civil a *little boy*, nombre en clave de la bomba de uranio. Un ruido ensordecedor marcó el instante de la explosión, seguido de un resplandor que iluminó el cielo. En pocos minutos, una columna de humo color gris-morado con un corazón de fuego (a una temperatura aproximada de 4000º C) se convirtió en un gigantesco “hongo atómico” de poco más de un kilómetro de altura que devoró a no menos de doscientas sesenta mil personas. Uno de los tripulantes del *Enola Gay* describió la visión que tuvo de ese momento acerca del lugar que acaban de bombardear: “parecía como si la lava cubriera toda la ciudad”.

Esta es una descripción de la barbarie.

A unas cuantas millas de distancia el presidente Truman, que había ordenado el ataque, se encontraba a bordo del *Augusta* y se dirigió a sus marines: “Chicos”, dijo, “les hemos lanzado un pepino de 20.000 toneladas de TNT”. Al acabar la guerra un periodista preguntó al presidente cúal era el remordimiento más grande de su vida, Truman contestó sin inmutarse: “no haberme casado antes”.

Esta es una descripción de la deshumanización.

Horas antes, el Capellán Luterano de la base de Tinian rogaba a modo de plegaria: *“Padre todopoderoso, te pedimos que asistas a los que se van a aventurar en las alturas del cielo y los guardes y los protejas para que la paz nos encuentre con ellos sanos y salvos”*

Esto es bárbaro y deshumanizante al mismo tiempo.

Paul Tibbets, el comandante y piloto del *Enola Gay*, regresó esa misma noche a su casa de Ohio. Besó a su mujer en la mejilla y arropó a su pequeña hija después de contarle un cuento. En el 60° aniversario de los bombardeos nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki aseguró que "en las mismas circunstancias, no dudaría en volver a hacerlo".

Más barbarie, más deshumanización, más desprecio por todo y por todos.

A lo largo del siglo XX el cine ha ido plasmando la barbarie que el propio siglo se encargaba de producir, pero sólo unas pocas veces ha logrado mostrar imágenes desgarradoramente deshumanizantes a través de algunos planos tan memorables como trágicos.

He seleccionado alguna de las películas que más se han aproximado a ese propósito y, para ello, he centrado el análisis en aquellas que narraron hechos referidos a las guerras denominadas mundiales y a otras que tuvieron lugar en el siglo XX.

En estas películas está contenida toda la deshumanización que un ser humano puede llegar a expresar mediante sus actos. Sus perversos protagonistas lo son de un siglo preñado de barbarie, en el que la maldad y la abyección moral alcanzan la cúspide de la miseria humana. Ahí aparecen el genocidio de los pueblos, la muerte física de un niño inocente que supone la muerte en vida de su madre, la tortura aplicada sobre la debilidad del oponente y que conduce al orgasmo del torturador, o la insolencia del bárbaro cuando destripa cuerpos y reduce a cenizas el ritmo de los sueños.

Para asistir a la barbarie (cinematográficamente hablando) no hay más que visionar una de las películas ineludibles sobre la guerra de Vietnam. Se trata de *Apocalypse Now*, del director norteamericano Francis Ford Coppola. Una historia traspolada del clásico de Joseph Conrad *El corazón de las tinieblas*, una novela tan inspirada como terrible.

Se incurre en tautología al afirmar que la guerra es barbarie. Pero hay que incurrir en ella cuando se nos está intentando presentar a las guerras como meros acontecimientos banales cargados de retóricas e eufemismos tendentes a dulcificarlas: “ayuda humanitaria”, “daños colaterales”, “misiones de paz”, “fuego amigo” etc… Coppola no acepta este lenguaje. Muestra en cada plano la crudeza de los enfrentamientos cuerpo a cuerpo, la violencia desgarradora de las mutilaciones. A lo largo de la película vemos y oímos, casi podemos oler y palpar, las sensaciones de la desesperación. Helicópteros que vomitan fuego, sangre por todas partes, humaredas cegadoras, poblados arrasados, ruido ensordecedor y finalmente el pánico, el terror, la angustia. Instrumentos y consecuencias de un poder superior.

Pero esta alucinación cinematográfica no habla explícitamente de guerra, no habla ni de muertos ni de torturas ni de violaciones, no habla de demostraciones de poder, ni de junglas ni de psicópatas, no habla de música, no habla de amor ni de política ni de víctimas ni de verdugos, no habla de perversiones ni de sufrimiento.

Esta alucinación cinematográfica no le habla al espectador, tan sólo le descubre: consigue que sepa eso que pasa por la cabeza de quiénes sienten el inmenso placer del todopoderoso que juega a ser Dios porque se sabe dueño de la vida del otro.

El inicio del filme ya marca su desarrollo: un plano fijo de la jungla, y un sonido enrabietado de helicópteros que quiebran su silencio y que se combinan con los primeros compases del *The End,* de los Doors. Cuando Morrison empieza a cantar “*This is the end, beautiful friend*”, el artificio de una carga de napalm cubre de llamas y humo el escenario natural. El horror.

Coppola rehusa las convenciones, y así consigue que el desarrollo argumental resulte, casi siempre, un riesgo constante, tanto visual como narrativo. En *Apocalypse Now*, uno puede quedarse fascinado por la paradójica belleza de las escenas bélicas como en la del estruendoso ataque de los helicópteros al son de “las valkirias” de Wagner, pero tambien, desgarradoramente aturdido, cuando percibe la absoluta falta de humanidad en los mandos militares con respecto al trato dispensado a los reclutas, a quienes, en medio de ese infierno, se pretende consolar con un espectáculo de conejitas *Playboy,* y donde al final, los únicos supervivientes son personajes desquiciados como el teniente fanático que encarna Robert Duval.

Con una tensión visual semejante a la narración de Coppola, y actuando como precursora de esta, *Senderos de gloria* va a suponer una bofetada en la cara del espectador, que asiste a la primera media hora de la película absolutamente conmocionado debido a las espectaculares imágenes del bombardeo de las trincheras.

Hay que retroceder hasta el año 1916, donde el director Stanley Kubrick sitúa esta historia brutal en un frente de batalla durante la Primera Guerra Mundial y en la que dos generales franceses hablan de la conveniencia de tomar la denominada “Colina de las Hormigas”, punto clave en manos alemanas. La operación es muy arriesgada, costará muchas vidas, pero ellos barajan argumentos que se relacionan con el

prestigio, la oportunidad o la estrategia. Deciden, por fin, que el ataque ha de hacerse rápido, cueste lo que cueste, encargándole este desempeño al Regimiento 701, al mando del coronel Daas. A pesar de las advertencias de éste sobre la sangría humana que se producirá, accede a tales órdenes. El día de la actuación militar ocurre lo previsto: el resultado es un completo desastre en vidas humanas y de incompetencia castrense. Los generales, visiblemente molestos, deciden dar un escarmiento ejemplar a sus tropas, poniendo en marcha mecanismos de represalia selectiva mediante un consejo de guerra sumarísimo que procesalmente es manipulado y que éticamente es injusto, a pesar de los esfuerzos del coronel del 701. Al final, tres soldados, cuya designación ha sido fruto de una elección arbitraria, serán pasados por las armas, delante de todos sus compañeros, en un acto o ceremonial de muerte aleccionador.

La película de Kubrick se convierte así en una lúcida proclama antimilitarista que alerta sobre los riesgos en los que puede llegar a incurrir la incompetencia militar, pero es, sobre todo, un alegato contra la guerra que embrutece a los hombres, que les niega su capacidad de elegir moralmente, de tomar decisiones que afectan a su conciencia, acentuando el grado de corrupción que toda violencia pone en marcha y muestra como los senderos de la gloria pueden estar repletos de cadáveres y de claudicaciones morales.

Claro referente de *Senderos de gloria* es la película *Salvar al soldado Ryan.* Al igual que en la cinta de Kubrikc, la primera media hora de esta epopeya cinematográfica, supone, por el realismo de sus imágenes, otro homenaje a la épica, pero también, la visualización en primera fila del pánico ajeno, del terror presentido o del valor reventando a borbotones, todo ello narrado en clave documental: primeros planos rodados con cámara en mano, imágenes en blanco y negro, ruido ensordecedor grabado en directo. En esta media hora (que vale por toda la película) está contenida toda la barbarie que los hombres pueden llegar a desarrollar.

Pero sin duda, el hito mas deshumanizante acontecido en la pasada centuria, el más caótico, el más bárbaro, el más cruel, el que más dolor produjo, al menos en número y ensañamiento (cantidad + calidad) ha sido el holocausto nazi. Plasmado en infinidad de películas, quiero aquí mencionar a dos de las que más me han conmovido precisamente por la deshumanización que algunas de sus escenas logran transmitir.

Comenzaré por la cumbre del Neorrealismo italiano. Se trata de *Roma, ciudad abierta*, del director Roberto Rosellini. La película es la narración cinematográfica de lo ocurrido en la Roma del año 1943, donde se entretejen las historias de varias personas relacionadas con la resistencia a la ocupación nazi. Durante dicha ocupación, el padre Pietro protege a unos partisanos y, entre otros, da asilo a un ingeniero comunista: Manfredi. Pina, una modesta mujer, es la novia de un tipógrafo que lucha al lado de la resistencia. Cuando la policía lo arresta, Pina corre desesperadamente tras el camión que se lo lleva, pero cae asesinada por una ráfaga de ametralladora ante los ojos de su hijito. Poco después, también el padre Pietro y el ingeniero son arrestados. Manfredi muere por las atroces torturas que le infligen los alemanes para que revele el nombre de sus compañeros de resistencia. El padre Pietro corre la misma suerte: lo fusilan en presencia de los niños de la parroquia, entre los cuales se encuentra el hijo huérfano de Pina.

Dentro de la dureza contenida en la película, hay en ella una escena particularmente desgarradora: es la del oficial nazi que abandona la habitación en que está siendo torturado un resistente –atado a una silla, completamente desnudo y con el pecho abrasado– y con tan sólo abrir una puerta se incorpora con toda naturalidad a un salón contiguo donde la música que sale de un gramófono realza la superioridad de unos hombres y unas mujeres que degustan canapés y beben deliciosos licores, totalmente abstraídos con respecto a lo que está sucediendo en la habitación de al lado. Es la metáfora que hacen suya aquellos que miran para otro lado mientras el sufrimiento ajeno pasa por delante de ellos.

Un ejemplo más de la deshumanización aparece reflejado en una de las grandes obras de la filmografía del dolor. Se trata de la dramática escena de la película *La decisión de Sophie*, basaba en la novela homónima del norteamericano William Styron y excelentemente interpretada por la actriz Meryl Streep.

Sophie llega al campo de concentración de Auschwitz en un tren hacinado de judíos deportados junto con sus dos hijos, Yan y Eva. Entre tanta maldad y tantos corderos para degollar, Sophie es elegida. Y en un gris y desolado andén, igual de miserable que las cavernosas profundidades del corazón de su verdugo, Sophie tiene que elegir.

Ante un médico de la SS borracho, con restos de arroz de la comida en la solapa de la chaqueta, con la cara enrojecida de ira y una mano manoseándose la entrepierna, Sophie tiene que elegir a uno de sus dos hijos para que sobreviva, el otro morirá.

Es muy difícil describir de manera más desgarradora el grado de deshumanización al que puede llegar el ser humano.

Pero hay otra cinematografía, más edulcorante pero no menos deshumanizadora en el tratamiento de estos dramas. En la década de los 90 obtuvieron un importante reconocimiento, tanto por parte del público como de la critica, algunas películas que ahondaban en la cara bondadosa de los verdugos o en el ambiente placentero de las victimas durante su internamiento en los campos de concentración alemanes a lo largo la Segunda Guerra Mundial, como por ejemplo *La lista de Schindler* de Spielberg, en la que un médico nazi, impresionado por el sufrimiento de los desamparados judíos, decide salvar del horror a todos los que consigue incluir en una lista, o *La vida es bella,* de Roberto Benigni, en la cual se narran las peripecias de un padre y de un hijo internados en un campo de concentración, que más parece un parque de atracciones que el infierno terrenal de Auschtwitz o Mauthausen.

Estas películas cuentan una bonita historia, pero falsean las circunstancias principales de lo acontecido: ni hubo bondad en quienes participaron directa o indirectamente en el exterminio de ciudadanos inocentes, ni hubo una sola brizna de ambiente festivo en los *lager* alemanes ni en los campos de exterminio durante el Holocausto.

Una historia bondadosa o con final feliz hace más aceptable la narración de una película, pero desvirtúa la verdad histórica de lo narrado.

Esta ha sido la síntesis de una pequeña parte del cine deshumanizante realizado durante el pasado siglo. Todas las películas comentadas tienen algo en común: no han perdido ni un ápice de actualidad, en todas ellas la razón de la fuerza se impone, como hoy en día, a la fuerza de la razón, y siguen siendo los seres humanos las víctimas pero también, los verdugos; millones de víctimas, eso sí, y sólo unos pocos y desalmados verdugos.

El cine siempre estará ahí para mostrarnos esta tragedia. Nosotros, como espectadores, no permaneceremos impasibles ante tanta deshumanización y tanta barbarie.

Fco. Javier Fernández

El tigre de Corbett

Field Museum, Chicago (Illinois)

Siempre cazaba solo,
iba a pie
y no tenía más compañía
que la de su rifle.
Nunca había cazado
por placer,
sólo por oficio
y por costumbre.

El ritual permanecía
inalterado:
rastreaba a la presa
en la espesura
durante días
y noches,
la acechaba con los masai
y, al final,
le daba muerte.
Pero ahora era distinto,
lo habían llamado
de Tsavo,
el lugar de la matanza,
donde dos devoradores
de hombres,
dos leones,
Fantasma
y Oscuridad,
habían ahuyentado
a los trabajadores
del ferrocarril.

Cuando el cazador
Charles Remington
se encontró
con el coronel
de ingenieros
John Henry Patterson,
el hacedor de puentes,
supo que África
sería un buen lugar
para morir;
al cabo,
el viejo cazador
no había fracasado
en nada…
salvo en la vida.

Joaquín Juan Penalva

ANTOGONZA, UN PINTOR DE SUEÑOS

Antogonza (Antonio González Rodríguez) nos recibe en su casa una noche solitaria y tranquila. No hace frío, aunque se está yendo el otoño y acercando el invierno. Su casa está en La Florida y responde a su carácter ordenado, exacto, meticuloso. Hay una parte de la vivienda para la vida familiar, doméstica, hogareña, que el pintor comparte con su esposa y con su perro. Y otro espacio anexo que es su taller: lugar de imaginación y de ensoñaciones, pero también de oficio, de trabajo.

El pintor vino a la vida en Villarmayor (Salamanca) el día 30 de enero de 1934, bajo el signo astrológico de Acuario. Se dice de él que es un extravertido integral, que concilia su temperamento reflexivo y austero con una energía creativa poderosa y una sinceridad humana y artística reconocida. Combina muy acertadamente en la realización de sus obras la delicadeza con la energía, el riesgo en el uso de materias o instrumentos con la reflexión previa ante el lienzo, el modelo o el paisaje captado, elegido o que se impone a su espíritu.

Hay en su obra atrevimiento y entrega, la del artista de elevada técnica, muy expresivo en sus pinceladas de trazos breves y rotundos o en la delicadeza de la acuarela. Apela al valor de la experiencia, tanto en la vida como en su creación, y nos previene o alerta del riesgo de la velocidad y la prisa. La perfección necesita de un cuidado que se llama paciencia, y Antogoza nos lo dice porque lo sabe. Asegura que pinta almendros desde hace aproximadamente una década, sólo cuando intuyó que había llegado el momento para pintarlos. Lo mismo le sucedió con el mar. “No soy un pintor del mar, soy un pintor de la tierra“, nos dice con sencillez.

Con Antogonza pudimos vivir su cordialidad, su amabilidad ante la persona a la que acoge, dado que valora con acertado criterio la amistad y la sensibilidad, aunque ello no significa, como él nos confiesa, que no rechace de la misma manera la vanidad, la ostentación sin mérito, la rutina de una labor mal hecha.

Ha vivido Antogonza en Madrid, en Ávila. Ha viajado por innumerables países, conociendo y amando sus montañas, sus ríos, las ciudades, los pequeños pueblos, los rincones íntimos y recónditos; las vidas humildes y entrañables; los hombres y las mujeres del mundo. Ha tomado apuntes, bocetos, notas, y en su taller, en su estudio de trabajo y de investigación creadora ha dibujado acuarelas, ilustraciones para revistas, libros o carteles… Sueños de mar y de tierra, antiguas murallas, caminos o campos de Castilla, de la Toscana, de toda la histórica Europa, los ha interpretado y vuelto a crear, como espacios nuevos, diferentes, que no son auténticos y exactos sino en la mirada, en la inspiración, en el oficio y el saber hacer de un pintor que es castellano sin dejar de ser un vecino de nuestra ciudad.

Vemos trofeos, premios, condecoraciones y todo tipo de recuerdos en las paredes de las salas, de las habitaciones, de los pasillos por los que andamos. Cuadros de todos los estilos y tendencias, con todas las visiones y reflejos de una existencia rica, llena de fantasía y de imaginación, pero, ante todo, de disciplina personal, de afán por superarse, por hacer más, por construir distintos y contradictorios y amplios ámbitos de luz, de sombra, de realidad poética, que es la realidad que nos vale.

Antogonza no tiene un estilo, porque el creador que tiene un único estilo, una única manera, se agota, se consume, se apaga. El creador, el artista, el poeta, es más él, más fecundo, más grande, cuando sigue su propio camino, su trayecto de creación y asume todos los temores y riesgos, todas las aventuras imaginables, y sale triunfador, vencedor, lleno de experiencia y conocimiento. El barroquismo, la faceta romántica, la pirueta de humor o de amor, la abstracción o el expresionismo, son pasos que Antogonza ha dado con serenidad, con firmeza, con pasión.

Francisco Alonso Ruiz

Volver a ti

Volver a ti quisiera,
madre,
retrocediendo siempre
en el tiempo
y vivir el presente
como si fuese antaño.

Volver a ti quisiera,
madre,
al suave balanceo
de tus brazos
y escuchar el latido
de tu corazón
otra vez junto al mío.

Volver a ti quisiera,
madre,
y por ti, vía láctea,
ser amamantada
hasta llegar al cielo
de tu útero,
donde tu amor me diste,
amor infinito.

Volver a ti quisiera,
madre,
volver a ti
para nacer de nuevo.

Lucía Espín

Lunes, 31 de diciembre

¡Lunes!

Último día del año.
Transición entre aguas,
nuevas y gastadas.

Preludio de lo que llega,
final de lo que acaba,
sin dejar de ser…una simple semana.

Principiará esta noche
otra noche nueva,
cuando su silencio
sea roto por las campanas.

Los besos y abrazos
serán fuentes de deseos.

De buenos propósitos.

¡Propósitos vanos!

¡El hambre seguirá hambriento!
¡Las balas matarán hasta el miedo!
¡La ambición y su egoísmo,
coronarán de espinas
todos los sufrimientos!

La utopía continuará escondida,
entre mantas, cartones y cajeros.

¡Durmiendo!

Y así, el año que se iniciará,
por el frío y helado viento,
se morirá sin más remedio.

Mañana será martes.
Martes de consuelo.

Luis S. Taza Hernández

El río de la noche

A mi hermana Marisa

¿Ha tomado Caronte el óbolo ritual
para cruzarte el Río de la Noche?
¿Hermana mía, qué pensamientos
gozosos o tristes cruzaron tu frente
en aquel instante fatal?
¿Qué sentimientos de amor o de piedad
te vinieron a los labios,
a qué dioses te encomendaste?

Era Mayo, primavera en los campos
verdor en los paisajes,
los girasoles cantaban al cielo su tristeza,
regalaban el rojo fuego las amapolas
al sol radiante de la tarde.
Y porque tú te fuiste ese mediodía,
se precipitó la noche en nuestros ojos,
lloró el narciso y los lirios más hermosos
se tornaron pálidos de muerte.

Hasta el cielo lloró tu despedida,
mas entre los hilos de su llanto
la lluvia detuvo su melancolía
y salió el arco iris triunfal a recibirte
cuando entraba en la Almudena tu cuerpo
dormido ya para siempre.

Será tu primer paso un tránsito de sombras
hasta el vuelo hacia las luces más altas
donde habitan los bellos y los justos.

¡Vamos, Caronte, no te demores
escuchando mi dolor infame,
toma de su boca el óbolo ritual
y crúzale el Río de la Noche mansamente!.

Mercedes Rodríguez García-Olías

EL ÁTOMO PARLANTE

Quizá a ustedes les parezca extraño que yo, un cuerpo casi vacío que tiene como corazón un núcleo excesivamente pequeño, sea el encargado de contarles la siguiente historia. Pero he de decir, no para justificarme sino para que ustedes lo entiendan, que soy el único que puede rememorarla con demostrada originalidad y credibilidad verdadera, porque habito en las profundidades del organismo y del entendimiento de las personas.

Yo he vivido íntimamente con la humanidad desde que el mundo fue mundo... Pero, un momento, todavía no me he presentado...

Soy un átomo de carbono. Es decir, soy una pequeñísima partícula de materia que entra en la composición de las moléculas de su cuerpo y es característica de cada uno de los 92 elementos químicos que hacen posible que la vida fluya en él. Fui creado hace 800 millones de años. De mí obtienen ustedes la energía suficiente para vivir y perpetuarse. De manera que mientras viven, yo estoy en ustedes, y cuando mueren, yo me transformo. Gracias a esta transformación, he pasado por cuerpos de personas que han vivido antes que ustedes y pasaré, cuando ustedes dejen de existir, a cuerpos de personas que habrán nacido después que ustedes.

Así que, puedo decir, sin temor a equivocarme, que soy inmortal. Y recemos ambos para que así sea porque el día que yo deje de existir, el mundo que nos rodea también desaparecerá.

Hasta ahora, el hombre, a cuya composición me honra pertenecer, ha tratado por todos los medios de demostrar científicamente el origen de mi existencia. Y a la única conclusión que han llegado unánimemente es: *que yo soy la vida.* Después han querido seguir ahondando en mis profundidades y todo ha sido inútil, porque yo, llámenme ustedes átomo o llámenme vida, no soy un archivero que me haya dedicado a observar y estudiar los acontecimientos evolutivos para después anotarlos. La vida es..., eso: sencillamente vida. De ahí que el hombre, al no tener historia donde informarse, haya tenido que reducir su ciencia a pura hipótesis, y construir imaginariamente su historia de la vida... Pero no es de la historia del devenir de la vida ni de la evolución del hombre de lo que yo quiero hablarles hoy, no. Quiero contarles una pequeña historia que sucedió hace ya muchos, muchísimos años. Es una historia de la existencia humana, una narración sencilla. Un relato que puede ayudarnos a caminar sin muletas por la ruta incierta de nuestro vivir cotidiano.

Allá por los tiempos de *«Maricastaña»,* vivía en una ciudad que se llamaba **Pompaelo**, un hombre que estaba casado con una mujer que, según manifestaba ella, no conocía ni había conocido nunca la felicidad.

Nicasio, que así se llamaba el hombre, amaba profundamente a su mujer. Quería que conociera la felicidad, y para alentarla a ello le hacía miles de proposiciones al día:

—¿Quieres que vayamos de excursión al campo? —Invitaba el hombre, muy cariñoso.

—No —contestaba ella—, allí no seré feliz porque me picarán las moscas.

—¿Quieres que plantemos rosales en el jardín? —Insistía él.

—No —volvía a contestar ella—. Plantar flores es muy cansado y muy difícil, y la felicidad no se consigue con la dificultad.

—¿Quieres que tengamos un hijo?

—No; los hijos dan muchos problemas, y con ellos es imposible conseguir la prosperidad.

—Entonces, dime, ¿qué quieres? ¿Qué necesitas? —le preguntaba Nicasio desesperado.

—Quiero... Necesito... Un milagro.

En aquellos tiempos no existían los psiquiatras, los psicólogos ni los psicoanalistas, que era precisamente, y según mi criterio, la asistencia que necesitaba urgentemente la buena mujer.

Eran tiempos de profetas. Pero los profetas no se dedicaban a sanar el alma sino a acrisolarla para que sus dueños o dueñas pudieran cumplir la Ley a rajatabla.

Aquel inconveniente no paralizó la voluntad de Nicasio. Haciendo bueno el refrán de que: *Dios aprieta pero no ahoga,* pensó que si era época de profetas también era el tiempo en que los ángeles bajaban a la tierra... Y ni corto ni perezoso, se levantó de la silla donde estaba meditando, aparejó su asno, tomó un cordero blanco que pastaba en su rebaño, y partió hacia el monte de los sacrificios para ofrecer el animal en holocausto. Cuando Nicasio llegó al monte de los sacrificios, buscó leña y la colocó sobre el altar. Luego, ató el cordero y lo puso sobre la leña. Y después, tomó el cuchillo, degolló el cordero y le prendió fuego.

Todavía no se había extinguido el humo del sacrificio, cuando una voz, que más que voz era trueno, dijo:

—Nicasio... Nicasio... ¿Por qué me llamas?

—Te llamo porque te necesito. Mi mujer no ha conocido nunca la felicidad y quiero que la conozca.

—Te diré lo que vamos hacer —replicó el ángel—, mañana me presentaré en tu casa y te pediré trabajo, y tú me tomaras como criado. Yo me encargaré de que tu mujer conozca la felicidad.

Nicasio regresó a su casa. Iba pletórico de complacencia y atiborrado de contento.

Al día siguiente, el ángel se presentó ante Nicasio. Y Nicasio lo tomó como criado, diciéndole a su mujer que el hombre que cogían como servidor, era, más que lacayo, un entendido en felicidad.

La mujer no se puso contenta porque era de la opinión de que la felicidad no existía. Sin embargo, no dejó de observar al criado para ver si en realidad era tan eficiente y tan feliz como su marido decía.

Y en verdad que lo era. El servidor miraba por los intereses de aquella casa como si fuera la suya propia. Y lo hacía de una manera sutil y graciosa, procurando no herir los sentimientos de los vendedores que diariamente servían sus mercancías a los dueños del hogar.

Un día, la señora sorprendió a su servidor y al lechero discutiendo en la cocina:

—Yo no tengo la culpa de que el forraje no alimente adecuadamente a las vacas este año —decía el lechero—. Muy a menudo contemplo a mis vacas y puedo asegurarte, criado, que ellas están tan preocupadas como yo por la mala calidad de su leche. ¡Cuántas veces las he visto llorar, porque saben que su leche no es todo lo buena que debiera ser!

—Me hago perfecto cargo de tu problema, vaquero —contestaba el servidor fríamente—, pero debes evitar que derramen sus lágrimas en la leche.

—¿Quién será este hombre que sabe decir las cosas sin herir la sensibilidad de los demás? —Se preguntaba la mujer.

Y picada por el gusanillo de la curiosidad, llamó al criado y le dijo:

—Yo no he conocido nunca la felicidad. Siempre he sido desgraciada —le confesó, sin saber que era en realidad un ángel.

—Si nunca has sido feliz, ¿cómo puedes saber que eres desgraciada? Acaso no sabes que para conocer la noche hay que haber conocido el día; que para saber que hay luz hay que haber conocido antes la oscuridad..., si nunca has sido feliz, no puedes saber con fidelidad que eres desgraciada. Para saber algo a ciencia cierta tenemos que tener conocimiento de ello y experiencia para poder comparar. En este mundo hay personas que son desgraciadas siendo felices porque no han conocido la desgracia.

—Quizá tengas razón, pero yo necesito un milagro —le explicó la señora.

—¿Un milagro? —Preguntó extrañado el ángel.

—Sí, un milagro —insistió la mujer.

—Yo he visto muchos milagros mientras me dirigía hacia aquí.

—Dime dónde. Yo también quiero ir a verlos.

—Sólo hay que salir a la calle..., en tu jardín he visto uno.

—¿Cuál? —Preguntó la mujer vivamente interesada.

—He visto una abeja libando una flor...

—Te estás riendo de mí, criado.

—No, señora, no me estoy riendo de ti. Lo que para unos es monotonía para otros es un milagro... Si tienes las piernas sanas ¿por qué no sales a andar?

—Porque no soy feliz andando.

—Para un cojo tener piernas es un milagro... Si tienes brazos ¿por qué no sales al jardín con la intención de plantar flores o darle de comer a los pájaros?

—Porque me aburro y no soy dichosa.

—Para un manco tener brazos es un milagro... Si tienes ojos ¿por qué no sales a ver la belleza que te rodea?

—Porque soy desdichada. Y porque creo que no existe esa belleza de la que tú hablas.

—Para un ciego es un milagro disfrutar de esa belleza que tú no ves... Lo que a unos les da tristeza a otros les da alegría.

—No entiendo, ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que para ser feliz hay que conocer los dos semblantes de la vida. Una cara puede darnos la infelicidad y la otra la felicidad. Una cara puede darnos el dolor y la otra el contento...

—Sigo sin entenderte, criado.

—¿Me permites que te lo demuestre con un ejemplo? —Sugirió el ángel.

—Sí, claro. Yo estoy deseando conocer la felicidad y soy capaz de hacer cualquier cosa por conocerla.

—Vuélvete de espaldas —invitó el falso criado.

La mujer se volvió de espaldas. Y cuando el ángel no podía ser visto, cogió el palo de la romana que siempre estaba allí porque lo usaban para pesar las mercancías que diariamente compraban, y se lo dejó caer a la señora en las costillas, con tal fuerza, que la desdichada creyó que la muerte le había llegado.

—¿Qué has hecho, criado? —Preguntó la mujer con los ojos llenos de unas lágrimas tan gordas como tinajas.

—Nada, nada, mujer. Te he enseñado el aspecto del dolor. Ahora quiero enseñarte el de la felicidad —y diciendo esto, comenzó a modelar con sus manos el palo, e hizo con él la imagen más bella que ojos humanos hayan podido contemplar nunca.

La mujer, enjugándose todavía las lágrimas que no dejaban de caer, y encorvada porque no lograba ponerse derecha, sonrió por primera vez y dijo:

—Que talla más sublime. Me gusta.

—Al fin has conocido la felicidad —comentó el ángel—. Pero, como has podido ver, ha sido necesario que conocieras el dolor. No olvides nunca que la vida es como el palo, tiene dos caras. Una, cuando lo usas para hacerte daño y, otra, cuando lo usas para esculpir tallas bellas. Ser esclavo de la fisonomía negativa de la existencia, te privará de la alegría de averiguar la cara positiva de la dicha.

Nicasio vivió feliz y contento junto a su esposa el resto de su vida.

Un simple palo tuvo la virtud de producir un milagro, ¡qué misterios más extraños tiene la vida!

Antonio Galera Gracia

El amarre en vano

No logró consumar el cautiverio
al que estaba, sin duda, acostumbrado.
El pago de dos mil euros en mano
no ayudó a someter al ser amado.
La presa no fue suya.
Ella voló a pesar de los halagos,
de los ritos, de las velas
rosáceas y magenta.
A pesar de las flores encarnadas
de intenso lazo
y pétalo encantado.
Él entregó al brujo su fortuna
firmando a ciegas su ilícito convenio.

La marcha de su reina,
amartelada herida,
dolió en lo profundo,
provocó una gran pena.
No atendiendo a rituales hechizados,
ella desató el nudo.
Él perdió su sonrisa.

Pero el amor, que todo lo libera,
que todo lo solventa,
tejió su sábana en el tálamo del tiempo,
abrió en el pecho
la esperada puerta
y ella acudió a su cita
con el mago del beso.
Él olvidó de pronto sus ilegales tretas
y quemó sus fetiches en la hoguera.

María José Arques Cano

Caballos de hace tanto

Ah, los caballos alados de Platón.
Los viste junto al mar,
corriendo desbocados,
muriendo de furor.

Volaban, se alejaban
de las tardes azules,
de la infancia insepulta.

Eran como palabras desgajadas
que muy dentro calaban.

Ah, caballos llevando
al jinete del alma,
cuerpo tan irisado
donde el sol reflejaba
el resplandor del alba.
Caballos cuyas crines
con su luz nos herían.

Ahora yo os veo correr,
huyendo y despojándome
de mis sueños más caros.
Todo es ceniza ya.
Sólo queda miraros,
perdiéndoos entre brumas,
gigantescos, ebúrneos
animales de llanto.
Caballos que traéis
luto y fuego
en los cascos,
que me llenan de angustia,
y que lo incendian todo.

Cuando yo más os quise
me dejasteis inmóvil
en mi sedente estatua,
esperando la nada
que ya ocupa el espacio
donde volasteis tanto.

Manuel Parra Pozuelo

YO SOY CARRACHITA, LA NUTRIA QUE SALIÓ DEL MAR

Dedicado a mis amigos Jacobo y Estela, socorristas de la playa del Bao en la Illa de Arousa, por sus desvelos. Verano 2007.

Llegué a una playa desconocida. No sé cómo fui a dar allí. Me encontraba agotada y falta de fuerzas. Mi pelaje estaba sucio y me impedía nadar con soltura. Desde el agua vi unos árboles; si lograba atravesar el arenal, podría descansar en algún rincón. No hice más que salir corriendo por la arena cuando una multitud de gente desnuda me rodeó. Me asusté. Mamá me había dicho que aquellos seres, la mayor parte de las veces, traían problemas y como no estaba ella, yo desconfié, y volví al mar para esconderme entre las olas. A mi alrededor se movían unos peces grandes, plateados, que me miraban con curiosidad. “Si pudiera cazar alguno, quizá mejorase mi estado.” Estaba hambrienta. No pude. Me faltaba ánimo para acometer cualquier ejercicio de habilidad y rapidez. Ingerí algunas algas verdes que flotaban cerca de mí y me mecí como cuando a los tres meses, mamá me enseñó a nadar. Qué mal me encontraba. Debía esperar la noche para tratar de salir a tierra y buscar un tobo donde dormir y limpiar mi piel. A mi hocico también le pasaba algo. Cuando recogía las algas no desarrollaba el tacto completo, creo que los bigotes no estaban bien y me escocía esa parte de la cara. Sentía frío y mi respiración era agitada y dolorosa. Con las manos cruzadas sobre la barriga, flotando de espaldas y recibiendo sobre mí los rayos del sol, me dormí. Por mi cerebro pasó toda la odisea que me trajo a este lugar.

Nací entre las raíces de un ameneiro. Mi familia había hecho una guarida seca y caliente a la que se entraba por el río. En un lugar llamado Pago Negro. Yo me llamo Carrachita, que significa poca cosa. Siempre fui muy traviesa. Había subido a la ribera para ver los ejercicios de mis hermanos. Escondida entre unas zarzas me reía sin más ni más, ante los aspavientos torpes de los cachorros y los esfuerzos de mi madre para que la siguiesen. Les mostraba una hermosa trucha y así los obligaba a nadar, pues éramos muy glotones. Mediaba el verano. Las zarzas en las que me escondía estaban cuajadas de racimos de moras negras y dulces. Las comía con afán, mientras miraba las evoluciones de mi familia que no me había echado de menos. La piel lustrosa de los cachorros, casi negra, y sus grandes ojos reidores, hacían que sintiese orgullo de mi raza. Jugaban sin cesar, persiguiéndose para llegar antes a la trucha. Mi madre era de piel más clara: tenía el vientre casi blanco y sus ojos redondos y expresivos encerraban todos los misterios de la naturaleza. En esto llegaron las crías hasta ella y a mordiscos, ayudándose con las manos, se comieron la trucha. La primera regla de nuestra especie consiste en no pelear por la comida. Se subieron encima de su vientre y se mecieron retozonas y satisfechas entre parloteos dicharacheros. Mamá se dio cuenta de mi ausencia y, acercándose a nuestra vecina que nadaba con sus hijos mayores, dejó a su cuidado a los pequeños y subió a tierra a buscarme. De pronto,

sentimos un golpe y un reguero oscuro y espeso cubrió el río y con él arrastró a mis hermanos y a la familia vecina. Pateaban horrorizados, agonizando en aquel pestilente veneno. Sus cuerpos inertes flotaron unos momentos antes de ser engullidos por la marea fétida. Mi madre gritó de forma espeluznante, su grito estridente se oyó por todo el cauce en un intento de lucha contra aquella cosa que le había arrebatado a su familia. Yo aterrada me refugié entre sus patas y temblorosa imité su grito de muerte. No podíamos quedarnos allí. La salvación estaba río arriba. Más tarde supimos que la balsa de purinas que la vaquería tenía en la vega se había desbordado vertiendo su veneno en el río. Emprendimos la marcha que duró todo el día, hasta que dejamos de percibir el aire hediondo. El lugar parecía ideal. La vegetación de ribera estaba muy verde y las flores de verano brillantes. Lejanos se oían los motores de los autos, debía de pasar una carretera cerca. La orilla se mostraba escarpada y difícil pero el agua parecía transparente y se veían peces. Mamá buscó una madriguera donde descansar y llorar. Un sabugueiro, saúco, oloroso y fuerte, entrelazaba sus raíces dejando un hoyo profundo donde crecían unas gramíneas secas que nos servirían de cama. Pasamos la noche en aquel hueco. Al amanecer recorrimos los alrededores. Unos caracoles nos sirvieron de desayuno; después, en la orilla, buscamos una casa definitiva que tuviese la entrada por el río. Así nos poníamos a salvo del hombre, nuestro peor y único enemigo. Las mejores cuevas eran las que se formaban entre las raíces de los árboles de la orilla, así las riadas no podrían destruirlas. Esta vez fue un bidueiro, abedul, que aún conservaba su corteza blanca, pero de fuertes raíces enclavadas en el cauce. Yo pegada a mi madre seguía su amoroso cloqueo que me tranquilizaba. Bajamos el terraplén y nadamos hasta dar con la cueva, que debía de haber sido la morada de un tejón. La inspeccionamos con cuidado hasta ver que estaba abandonada. Con sus fuertes dientes y uñas, mamá hizo algunas mejoras y luego acarreamos heno para estar cómodas. Unos helechos pendulares escondían la entrada. Nadé con ella. Seguía miedosa y asustada. Echaba de menos a mis hermanos. Volvieron las enseñanzas de adiestramiento. Empezamos las inmersiones. Yo no lograba concentrarme y tragaba agua. Mamá desapareció en lo más hondo y reapareció con una anguila. Antes de comerla jugamos a perderla y recobrarla. A mí se me escurría y, entre gritos y parloteos, logré aprender a sujetarla. Pasamos allí el invierno y la primavera. El calor arreció y el río empezó a cambiar. Su nivel bajó y la comida comenzó a escasear. Nuestros amigos: un zorro, varios pájaros, una ardilla, un tejón, varias comadrejas... emigraron y fueron pocos los que permanecimos allí. La pesca era escasa, pero nosotras resistimos, porque río arriba había un pueblo que ponía las cosas peor. No os dije que el río se llama Umia y el pueblo Caldas de Reis. La ardilla que correteaba por muchos lugares nos dijo que la falta de agua se debía a la construcción de un embalse que la retenía. Era la temporada de la recolección y comíamos muchos vegetales y semillas, también pequeños roedores y lagartos. Ya adelantado el mes de agosto surgió el gran problema: un vertido tóxico. El río fue envenenado por una empresa sueca llamada Brenntag que se dedicaba a productos químicos. La autoridad había dejado que se situase en la vega, muy cerca del cauce. Nos avisó una comadreja de lo que pasaba. Corrimos aguas abajo siguiendo el cauce del río, pero el veneno también se extendía. Anduvimos días y días, escondidas y acercándonos de vez en cuando a ver el gran jaleo que el hombre había armado para protegerse, pues él también bebía de esa agua. El cauce se secó. Miles de peces yacían muertos. Acuciadas por la necesidad, comimos truchas, anguilas y escalos que habían muerto por falta de aire. Poco a poco nos empezamos a sentir mal, pues los peces debían de estar algo intoxicados. Ya en la desembocadura nos recuperamos en las aguas limpias de la ría. Ésta era salada y nuestra piel necesitaba más cuidados. Vivíamos en un bosque de ribera. Pero nadar y jugar era primordial para mí. Un día de finales de agosto, que hacía mucho calor y nos escondíamos entre la espesura de las zarzas de la vista de los bañistas, estalló un fuego voraz e imparable que en un

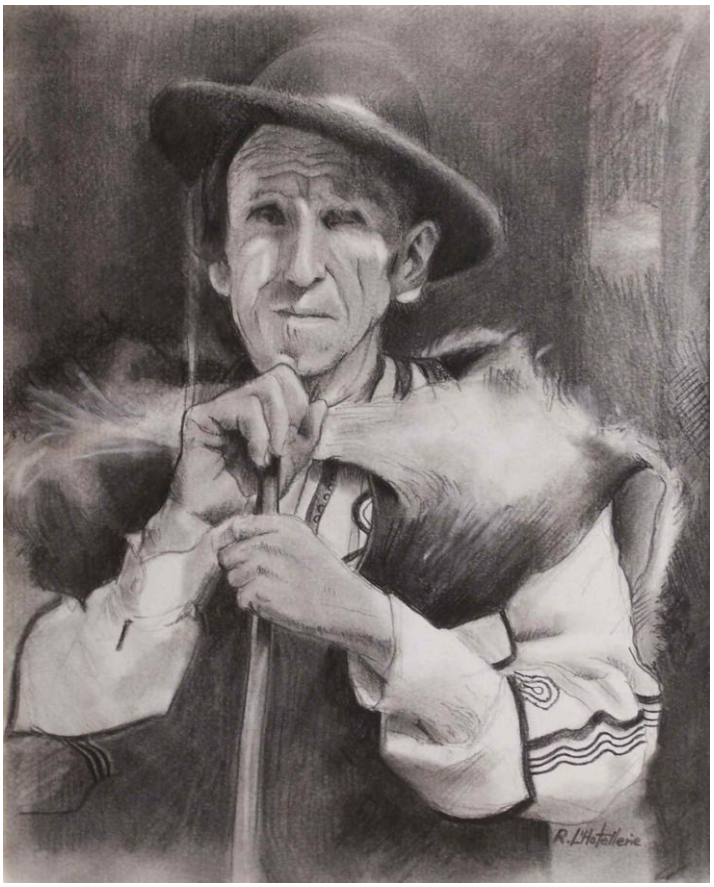
santiamén devoró los árboles y la maleza de toda la ribera. Perdí a mi madre. Por más que la llamé no acudió a la charca en que me refugié del fuego, medio ahogada por el humo. Después de permanecer unos días esperando verla aparecer, me dirigí por la orilla de la ría hacia dentro en busca de un río. Encontré un regato que olía mal. Seguí su curso y llegué a una conservera que vertía todos sus despojos al agua. Volví sobre mis pasos a la ría. El humo me había dañado. Nadé en el agua salada tratando de buscar una orilla dónde se pudiese vivir, lejos del hombre, en una naturaleza que parecía huir de mí. Estaba debilitada y la marea me arrastraba. Me dejé llevar. Era casi mediodía cuando llegué a la playa en dónde me conocisteis.

Me desperté de aquel sopor en que me sumió el calor del sol y cesaron mis recuerdos. Tenía un presente desconocido que afrontar. Sentía frío. No podía moverme. La pleamar me depositó en el *mayante,* entre algas y desperdicios. Yacía inmóvil notando el frío. De vez en cuando, emitía un chillido cada vez más débil. Cuando amaneció las gaviotas intentaban picotearme, y lanzaban estridentes gritos, hasta que unas mujeres que limpiaban la playa, me encontraron. Me preguntaban que me pasaba, sus palabras eran dulces “Pobriña, pobriña, debe estar ferida. Vamos a recollela nun cubo e diexámola a os socorristas que chamen a o SEPRONA”. Me metieron en un recipiente y me llevaron a un lugar cubierto. Yo lo entendía todo. Me quejaba a ratos. Oí que decían “Estela, deixamosche ahí a un animal” Un rostro se inclinó sobre mí. Vi a una chica rubia, bella que con voz suave y bondadosa, me dijo tiernamente” Oh, quién eres. Pareces una Carrachita. Qué te pasa ¿estás herida? Voy a dar la voz de alarma para que te lleven al centro de curación y recuperación de animales” Era Estela, según me enteré más tarde. Yo cerré los ojos y confié en aquel ser que parecía un ángel. Son malos. ¿Qué te duele?” Cada vez me encontraba peor. Contesté con un chillido. Pasó una eternidad. A ratos Estela se asomaba y me hablaba. “Carrachita, ¿estás bien? No vienen por ti”. Yo en respuesta chillaba con mi grito de muerte. Por el tono de Estela y lo que le oía sabía que estaba enfadada con algo o con alguien. No sé cuanto tiempo había pasado cuando unas manos cariñosas y expertas me cogieron y revisaron mi cuerpo de apenas un año. “No está herida, dijo una voz de hombre, -parece envenenada o exhausta. Es una nutria. Un cachorro. Sí que tuvo que andar mucho para llegar hasta aquí. Nos la llevamos” Me subieron a un coche. Estaba rodeada de curiosos. Y Estela con voz dulce se despidió de mí y me deseó suerte. Pasó tiempo. Estaba en una clínica. Había voces que comentaban mi estado. “Está agotada. Le pondremos un antibiótico por si tiene dañados los pulmones. Respira con ansiedad. Y un complejo vitamínico. Todo por vena. El fuego le quitó los largos bigotes que tienen estos animales y que le sirven para detectar los alimentos. Vamos a esperar que le hagan efecto los medicamentos. Se recuperará” Me dejaron en un cajón mullido. Me rodeaban otros animales que reconocí por el olor. Pero mi aliento se iba. Empecé a no sentir mi cuerpo y vi a mi madre que me llamaba. Grité con el último aire que me quedaba.

La Voz de Galicia siguió esta historia y dio cuenta a sus lectores del suceso ocurrido en la playa del Bao, sita en la Illa de Arousa. Esto sucedió un sábado y en la sección de la Arousa con ilustraciones de la socorrista Estela, y de la playa, así como una foto de la nutria con los ojos cerrados y la cabeza levantada causó sensación. La foto ofrecía una estampa muy tierna de dulzura y desamparo. El martes informaron de su muerte. Al parecer a causa de una neumonía. En un artículo del País Manuel Cuellar dice: *Las nutrias indican la salud de los ríos.*

Airam Lebasi

EL TÍO AMBROSIO



La tía Constanza tenía un pequeño punto oscuro en su blanquísima piel. Un lunar perfecto sobre su prominente pecho izquierdo.

A lo largo de su vida, esta perfección sólo fue conocida por la comadrona que la atendió al nacer, por sus padres y su marido, del que se decía que era un hombre alegre y sagaz, pero de palabras justas. Jamás elogió a ella esa parte de su cuerpo, ni siquiera en la intimidad de la alcoba.

El buen hombre, era experto conocedor del tiempo y del refranero, únicos temas con los que se le soltaba la lengua, para platicar detenidamente acerca de ellos con sus convecinos. De cuando en cuando también lo hacia para ensalzar las lentejas guisadas por su mujer. Al llegar a este punto, el tío Ambrosio ponía cara socarrona y reía para sus adentros pensando: lenteja, igual a lunar de mi Constanza.

Vivian en un pueblecito de la montaña con apenas un centenar de vecinos. Todos se conocían y formaban una gran familia. Algún disgusto que otro a veces los enemistaba por un metro de tierra mal medido, una cabeza de ganado perdida o un semental mal pagado. Las propiedades eran sagradas para todos, y cualquier equivocación era suficiente para armar entre ellos una trifulca hasta que aclaraban el error.

Aquella mañana de abril, limpia y luminosa, el tío Ambrosio se encontraba en uno de sus campos, cubierto por abundantes hierbas y florerillas silvestres que olían a gloria. Pastaba felizmente su reducido rebaño compuesto por tres ovejas merinas, de suave y algodonada lana, cinco cabras, de las que ordeñaba sabrosa leche que incluía en los desayunos, en algún que otro queso, o en postres elaborados por las manos primorosas de Constanza. También tenía tres chotos saltarines y alocados que eran controladas por Pirri, su incondicional amigo, que, aunque de raza común, era el mejor perro pastor que había tenido.

Sin perder de vista a los animales, se regocijaba de gusto pensando en la partida de cartas que esa tarde jugaría con sus vecinos, Joaquín, el estanquero, terco como una mula, pero buen jugador; Paco, el astuto barbero; y Bernardino, el mejor herrero de la comarca, que no dudaba al clavar una herradura, pero en cambio disimulaba muy mal las contraseñas, sus titubeos le delataban y perdía con resignación.

El tío Ambrosio se quedó con el as de copas en el aire al oír los incesantes ladridos con los que Pirri le avisaba de que algo o alguien desconocido se acercaba. Al momento se dio de frente con un joven de buen ver, vestido de blanco inmaculado; su cabeza era una cascada de rizos rubios y lustrosos, las patillas largas, como dos finas navajas de oro incrustadas en la cara. El tío Ambrosio, interrumpiendo sus pensamientos, se dijo en voz baja. “De dónde habrá salido este muchacho, Tomás, el alguacil no ha anunciado fiesta ni circo ni otro acontecimiento”.

—Buenos días tenga usted- dijo el joven. Su voz sonó clara y melodiosa.

—Buenos y santos- contestó Ambrosio

—Así, que me ha reconocido ¿verdad?- dijo con alegría el mancebo.

—No, usted perdone, pero un servidor no lo conoce de nada, vamos, que nunca lo he visto por estos lugares.

—Sí, hombre, fíjese un poco en mí, yo soy... quien le da seguridad, y de alguna manera quien le protege, soy quien le...

—Ni idea joven, no insista, que no acierto a saber quién es.

—Pero, si yo soy quien le acompaña día y noche, conectándome en todo momento, soy quien le custodia encaminándolo por buen cam...

—¡Ah! Córcholis, ya sé- dijo el hombre al tiempo que se daba una palmada en la frente- Ahora caigo, usted es el de Internet. Pero aquí no tiene por qué preocuparse ni trabajo que hacer; no pierda su tiempo, joven, que en el pueblo todos estamos conectados a la web. Mire usted, hasta la tía Hortensia que cobra de Cáritas. Así que, muchacho, búsquese otro municipio, aunque dice el Dionisio, bueno, el cartero, que en esta comarca lo tiene todo bicho viviente. Lo dicho, mucho gusto, y vaya usted con Dios.

En este mundo, se dijo el joven, tenía la competencia asegurada con el dichoso invento de Internet; los seres humanos que habitaban la Tierra habían caído en las redes del espacio virtual y no necesitaban de sus servicios, tan socorridos en otros tiempos, ni tan siquiera en esta aldea perdida en la montaña; su futuro era negro, muy negro. De nada le había servido modernizarse, vistiendo a la última de Máximo Dutti y prescindiendo de alas y aureola.

—Sí, sí, eso es, con Dios me vuelvo- murmuró mientras se perdía entre nubes el Ángel de la Guarda.

Mª Amparo Benito Díez

LA TÍA ÚRSULA

A la tía Úrsula, como la llamaban en el pueblo, una mañana que estaba barriendo la puerta de su casa le dieron una desdichada noticia; su nuera estaba a punto de morir. De tan impactante e inesperada nueva, la mujer casi se desmaya en medio de la calle. Soltó la escoba y se arrebató el delantal de un tirón. Fue a buscar al familiar más cercano, una prima que vivía dos calles más arriba.

Las dos primas decidieron coger el próximo tren, para ir a la capital, que se encontraba a unos cincuenta kilómetros del pueblo.

Cuando todavía faltaba una estación para llegar a su destino, las dos se bajaron del tren, pensando que ya habían llegado. De pronto, se encontraron en mitad de la oscuridad de una noche tenebrosa en una estación fantasma, donde sólo el gritar del silencio se oía. Las dos primas se acurrucaron apretándose la una contra la otra fundiéndose en una sola, muertas de miedo.

–¿Qué hacemos? -Se preguntaron.

–Seguir andando junto a la vía, ya llegaremos. –Dijo Úrsula.

Las dos mujeres, cogidas del brazo, caminaron y caminaron sin dejar la vía del tren. De frente, a lo lejos, divisaron un gran bulto que poco a poco se acercaba más a ellas. Parecía una figura humana tapada hasta la cabeza con una manta. Cuando el personaje se cruzó con las dos mujeres, éstas tiritaban y rezaban presas del pánico.

–¡Señor, que no nos haga nada! –Suplicaban mentalmente.

El extraño personaje pasó de largo sin decir palabra. Ese día ya había cumplido con su funesto trabajo.

Mati Bautista

Músicas de la mar

Como dos velas hinchadas
que el viento tensa y golpea
como dos pequeños barcos
que el mar bate y vapulea,
guitarras en la oscuridad
el cielo pleno de estrellas.

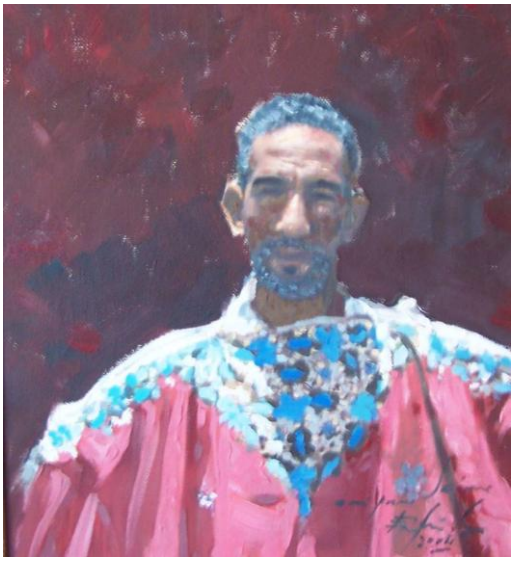
Como dos veleros blancos
que a la derivan navegan
como dos arboladuras
que se hicieron a la mar,
flautas en la oscuridad
la noche plena de esencias.

Esa mar nos fue tensando
con rumbos de espera y ansia
como dos gaviotas blancas
perdidas en la eternidad,
arpas en la oscuridad,
la aurora muda y serena.

La mar nos fue modelando
con los cinceles del agua
y con la cara desnuda
rozamos puros el alba,
tambores en la inmensidad,
efigies sobre las olas.

Mercedes Rodríguez García-Olías

MI AMIGO ADEL



Adel es un hombre de unos cincuenta años muy mal llevados, muy delgado y cetrino, que viste la clásica túnica magrebí, calza babuchas y se toca la cabeza con una gorra de béisbol. Pertenece a la etnia baamaraní, como todos los viejos habitantes de Sidi Ifni, esa ciudad extraña, como fuera de contexto, que está más al sur que el sur de Marruecos y más al norte que el norte del Sahara Occidental; esa ciudad que fue un día colonia y más tarde provincia de España, y que en 1957 sufrió una guerra confusa y cutre tras la cual quedó aislada de su entorno natural por más de diez años. Adel guarda celosamente una partida de nacimiento española que no le sirve para nada, porque Franco engañó a los baamaraníes, no una, sino varias veces. Primero, reclutó al padre de Adel y a otros muchos de su edad, para que lucharan a sus órdenes en nuestra Guerra Civil, y dieran sangre y vida por una causa que, como otras muchas causas heroicas, no era más que una mentira. Se les dijo que luchaban para salvar a España, pero de lo que realmente se trataba era de salvar las fortunas de los privilegiados y de instaurar una dictadura poco menos que eterna. Y ellos, hombres del desierto, pastores de dromedarios y cabras, ¿qué podían saber de repúblicas y democracias? Después, se les exigió lealtad en aquella oscura guerra en la que unas presuntas bandas incontroladas quisieron conquistar Ifni para Marruecos. Mas tarde, se les hizo creer que Ifni era una provincia de España y que ellos, los baamaraníes leales, eran españoles, tan españoles como el que más. Y por fin, en 1969, la dictadura los abandonó y los entregó a Marruecos sin ningún derecho, sin ningún premio a su lealtad contumaz. Ya no les eran útiles, ni como carne de cañón, ni como excusa, ni como curiosidad folklórica.

Ahora, Adel está enfermo. Viajó a Barcelona para que lo operasen allí, gracias a una O. N. G., pero no pudo completar su tratamiento porque se le caducó el visado y tuvo que regresar a su tierra.

Adel me llevó un día a su casa. Vive solo, en una pequeña estancia cuyas paredes están cubiertas de viejas fotos de cuando Ifni era español.

-Yo nací español –me decía, enseñándome la vieja partida de nacimiento-, y además soy del Barça.

Cuando le dije que iba a marcharme al día siguiente, se puso a cantar una vieja canción de Nino Bravo.

"Al partir, un beso y un adiós…"

Y otra de Alberto Cortés.

"Cuando un amigo se va, deja un espacio vacío…"

Porque Adel se sabe, mejor que muchos españoles, todas las canciones de los años sesenta, y las canta con una buena voz, profunda y bien modulada.

-Escríbeme, Adel, y cuéntame si los médicos españoles que van a venir a Ifni te atienden bien.

Y Adel me sonreía con esa sabiduría de los pueblos viejos, que aún no se han olvidado de que viven en el seno de la Madre Tierra.

-Ah, no te preocupes por mí, amigo, si Alá quiere me curaré.

Esta mañana he recibido una carta suya. Está escrita en letras mayúsculas y con una peculiar ortografía, donde se confunden las vocales, sin duda por influencia del idioma árabe.

Me dice Adel:

"QUIREDO AMEGO MIGUEL

ME HE ALEGRADO MUCHO DE RECIBIR TU CARTA Y LAS LETRAS DE LAS CANCIONIS QUE TE PEDI Y TE DESEO QUE ESTES BIEN DE SALUD Y TAMBIEN MI GOSTA LA FOTO TOYA EN LA MISQUITA DE CORDOBA Y MI INTIRISA MUCHO LA CULTURA ESPAÑOLA, QUE ES MI CULTURA

Y MOCHAS GRACIAS POR LA NOTISIA DE LOS MIDICOS QUE VAN A VENIR PRONTO A SIDI IFNI. BOY AVER, GRACIAS POR TU INTIRIS DE MI SALUD.

CUANDO UN AMIGO SI VA DIJA UN ESPACIO BASIO Y AL FINAL LAS OBRAS QUEDAN LAS JENTIS SI VAN OTROS QUE VIENIN LAS CONTENUARAN, LA VEDA SIGE IYUAL.

ASTA LA OTRA."

Me lo imagino como lo conocí, andando con parsimonia por el paseo de la Barandilla, sobre los acantilados que hacen de Sidi Ifni una magnífica atalaya frente al Atlántico, en espera, como muchos otros ifneños que por allí deambulan, de que se produzca el milagro cotidiano de la puesta de Sol. Si hay suerte, en el mismo instante en que el Astro Rey lance su último rayo de luz a ras del horizonte marino, una oleada gigantesca y desconcertante de reflejos verdosos recorrerá las nubes del crepúsculo. Es aquel Rayo Verde de que nos hablaba Julio Verne, que en esa ciudad se puede contemplar de vez en cuando, si las condiciones atmosféricas resultan favorables. Después, con su paso lento de hombre cansado y vapuleado por la vida, se retirará a su casa y recorrerá con la vista las viejas fotos de la pared, mientras canturrea en español antes de dormirse.

Mi amigo Adel pertenece a un pueblo estafado, que ya no sabe cuál es su patria, ni su lengua, ni su cultura. Él ya no es un hombre del desierto, de las tierras ásperas y sedientas de Ait ba Amarán, como era su padre; ya no es español, como lo fue de chico; y tampoco está muy seguro de ser marroquí. Ni siquiera podría hacer como su joven amigo Mohamed, que intentó emigrar a España en una patera y fue detenido y devuelto a Marruecos. Ya no está para esas cosas. Y así languidece en espera de unos médicos españoles que intentarán devolverle la salud perdida, mientras se aferra a una vieja partida de nacimiento que no le sirve para nada y se consuela con aquellas antiguas canciones que nos animaban y nos enamoraban a los jóvenes españoles de hace cuarenta años.

Mi amigo Adel es un náufrago de la Historia.

Miguel Ángel Pérez Oca.

Quo Vadis **(Adivinanza literaria)**

Soy en femenino singular quien conforma en el relato la parte y el todo.

Soy hija de la épica y madre de la gloria.

Estoy en la sabiduría de Gilgamesh, en la audacia de Alejandro y en la ambición de Jerjes.

Prefiero la espera presentida al presentimiento desesperado, los cantos de sirena a las sirenas desencantadas.

Aparezco alrededor de las fogatas y en los pesebres, pero también en los banquetes de los aristócratas cuando escuchan cantar al bardo.

Rapsodas griegos y ascaldos germánicos me vistieron con ropajes hímnicos y hexámetros solemnes.

Herodoto, Virgilio, Tolstoi y otros muchos, depositaron en mí los argumentos, pero fueron Miklos Rozsa o Prokofiev quienes crearon las sinfonías que encumbraron a lo argumentado.

Sólo yo conozco el secreto por el que Helena ayudó a Diomedes a robar el Paladio.

El cine me ha dado prestigio. Me enamoré de Marco Antonio, pero también de Cleopatra. Estuve 55 días en Pekín y dí la vuelta al mundo en 80.

Subí a las más altas cumbres con las hordas de Aníbal y bajé a los infiernos de la mano de Dante.

Leónidas y sus trescientos espartanos trataron de atravesar conmigo el desfiladero de las Termópilas

He estado en Troya, en Salamina, en Arda. Pero también en Stalingrado, en Okinawa, o en la playa de Omaha.

Gracias al pintor Jacques-Louis David mi espíritu se encuentra físicamente en el *Louvre.*

¿Quién o qué soy? ¿Cuál es mi nombre?

La solución, en la pág. 40, tercer párrafo, segunda línea, décimo tercera palabra.

Fco. Javier Fernández

VOLVIENDO A *EL PRINCIPITO*

Agradezco a la profesora de literatura de la UPUA Dª Emilia Gómez, la sugerencia de releer El Principito, origen de este trabajo.

¿Por qué escribió Saint-Exupéry El Principito? ¿Estaba deprimido debido a las circunstancias personales y políticas que le asediaban en aquellos momentos: la guerra que asolaba su país; sus problemas de salud; las diferencias con su esposa? ¿Se encuentra en la dedicatoria el germen de la historia? ¿Intentaba reparar, no su avión, sino su espíritu, en un viaje literario de regreso a la infancia? ¿Buscó consuelo en la escritura, o simplemente escribió esta historia porque se la dictó al oído alguna de las musas? No lo sé. Es un misterio. *"No me gusta que se lea mi libro a la ligera",* dice el autor, así que recorrerán atentamente mis ojos sus páginas intentando descifrar el mensaje que encierran en su interior, al que parece aludir con esa frase, y encontrar la respuesta a mis preguntas, una respuesta que será, sin duda, subjetiva.

El Principito es un cuento dividido en 27 capítulos, una dedicatoria y un colofón, escrito con una elegancia y sencillez difíciles de conseguir, traspasado de poesía, de bellísimas imágenes y de una sutil ironía. Es una alegoría comprensiva, resignada, exenta de amargura, de la condición humana, prisionera de sus pasiones y atormentada por el inexorable paso del tiempo y la seguridad de su final; una mirada indulgente sobre el hombre, sus defectos, sus contradicciones y sus valores.

Este cuento tiene la virtud de divertir a los niños y de recordar y hacer reflexionar a los adultos sobre principios olvidados. El autor eligió el personaje del niño para destacar, con su ingenuidad, las diferencias de apreciación del comportamiento del hombre entre la infancia y la madurez. Este cuento es un ensamblaje perfecto de distintos puntos de vista.

Está tan presente la vida del escritor en la del narrador que no puedo desligarlas. Mi hipótesis sobre la creación del cuento es la siguiente: Saint-Exupéry lo escribió intentando sanar de una depresión, y el desierto y la soledad son la representación de su estado de ánimo. El narrador, deprimido, solo, envuelto en el silencio del desierto; sin más compañía que la arena, el viento y las estrellas; con el avión averiado y escasez de agua potable, ha de asirse a algo o a alguien para sobrevivir, y qué mejor compañía y más cercana que la del niño que fuimos. Como los niños que se inventan un amigo invisible con el que dialogan y juegan, Saint-Exupéry recurrió al Principito.

Parafraseando a Machado, el narrador habla con el hombre, en esta ocasión el niño, que siempre va con él; ha regresado a la infancia; se ha desdoblado en el personaje del Principito, por eso tienen tantos puntos de conexión, tantas experiencias semejantes. Aunque parezcan dos vidas paralelas son una única vida. Ambos se hallan en el desierto lejos de sus amenazados hogares; ambos tienen problemas amorosos, -Saint-Exupéry con su esposa, el Principito con la rosa que cuida en su asteroide-; ambos tenían un trabajo; viajaban cerca de las estrellas; disfrutaban de las puestas de sol... El narrador dibuja y el niño es la única persona capaz de interpretar sus dibujos y no confundir una serpiente con un sombrero; el Principito pregunta, y el narrador contesta. Los dos están tristes, los dos necesitan un amigo.

El narrador en sus viajes conoció a muchos hombres. El Principito durante el suyo a algunos: al rey absoluto, que, para poder ser obedecido, sólo *daba órdenes razonables;* al vanidoso, para quien todos *los otros hombres son admiradores*; al bebedor, que bebe para olvidar que tiene *vergüenza de beber;* al negociante, que cuenta las estrellas para apropiárselas, encerrarlas bajo llave y así considerarse rico;

al farolero, que cuidaba de un único farol encendiéndolo y apagándolo continuamente *porque era fiel a la consigna;* al geógrafo, que desconocía los accidentes geográficos de su planeta; al guardaagujas, que dijo al Principito que los hombres viajan de un lado para otro porque *nadie está nunca contento donde está*; al mercader, que vendía unas píldoras que aplacaban la sed y *servían para ahorrar el tiempo* que se pierde bebiendo… Son distintos tipos de persona, mas unos y otros se parecen, hay algo que los iguala: todos tienen prisa y todos están solos. No es extraño que el niño pensara con el autor que es muy difícil comprender a las personas mayores.

Durante su viaje, el Principito aprendió que hay planetas grandes que tienen nombre gracias a que hay muchos pequeños que no lo tienen, y que lo mismo sucede con las personas; que a veces, con tan sólo cambiar de indumentaria, eres aceptado por los que te ignoraban; que lo más difícil es juzgarse a sí mismo; que si nos atrevemos a juzgar a los demás, lo hagamos por sus actos y no por sus palabras o apariencia; que es preciso un punto de disciplina para arrancar las malas hierbas y limpiar los volcanes; y que no hay que exigir a nadie lo que le es imposible hacer.

Al llegar al planeta Tierra, y antes de dar con el aviador, el Principito encontró –no podían faltar los animales en una fábula que se precie- a la serpiente, que habla siempre con enigmas y es símbolo por antonomasia de la energía y la fuerza y, también, de la muerte y la resurrección. La serpiente, al verle tan frágil, se conmovió: *"Me das lástima, tú, tan débil sobre esta Tierra de granito,* y añadió una tentadora promesa: "*Puedo ayudarte si algún día extrañas demasiado a tu planeta"*. Luego, el Principito, que quería conocer a los habitantes de aquel lugar y deseaba hallar entre ellos un amigo, se subió a lo alto de una montaña y llamó a los hombres una y otra vez, pero sólo obtuvo la respuesta del eco. Después de caminar un largo trecho vio un jardín *"florido de rosas"* y se sintió muy desdichado, pues su rosa le había contado *"que era la única de su especie en el universo… Me creía rico con una flor única y no poseo más que una rosa ordinaria",* se lamentó.

En ésas estaba cuando apareció el zorro, que le habló de la necesidad de *"domesticar a alguien",* y le explicó que "domesticar" quiere decir "*crear lazos". "Yo no soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo…".* Así fue como el Principito comprendió que su flor le había "domesticado" y que de entre todos los millones de rosas del mundo, la más bella era la suya. Aprendió muchas cosas el Principito del zorro, tales como que la vida es efímera y que no hay que perder un solo minuto sin tratar de "domesticar" a alguien, aunque corramos el riesgo de sufrir por ese alguien; que cuando nos "domestican" nuestras vidas se llenan de sol y que es bueno celebrar los ritos para evitar la monotonía de los días. Pero la enseñanza más importante que recibió de aquel enternecedor zorro filósofo, fue su secreto: *"He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos."*

Después de ocho días en el desierto, cuando se acababan las últimas gotas de agua, el Principito continuaba hablando de su amigo el zorro. *Nos vamos a morir de sed*, le interrumpió el narrador. *Tengo sed también… Busquemos un pozo,* contestó el niño. Y añadió: *Lo que embellece el desierto es que esconde un pozo en cualquier parte…*

Enfebrecidos por la sed, caminaron horas y horas en silencio sobre las arenas del desierto, primero, de día, luego, bajo las estrellas. El Principito se durmió agotado y el narrador hubo de llevarlo en brazos como a *un frágil tesoro*. Así fue como, al amanecer, dieron con el pozo, un pozo equipado con una roldana cantarina y un balde donde bailaba el sol dentro del agua, y pudieron apagar su sed.

Se cumplía un año de la llegada del Principito a la Tierra, cuando el narrador logró reparar la avería de su avión –o de su espíritu-, y se planteó su regreso a la "civilización". La "civilización" no es un lugar apropiado para un niño como el Principito,

de manera que el autor recurrió a la serpiente, símbolo, como hemos dicho, de la muerte y la resurrección, para hacerle volver a su casa. *Parecerá que he muerto pero no será verdad,* dijo el niño. Las despedidas son tristes y ambos estaban melancólicos como consecuencia de la "domesticación". Para consolarle de la despedida, el Principito prometió al aviador que cuando mirara al cielo oiría su risa. *¡Tú tendrás estrellas que saben reír!; yo también miraré las estrellas. Todas las estrellas me darán de beber…* Y el cielo del Principito no era otro que el corazón del narrador, lugar donde se cobija la infancia.

Muchas cosas aprendió el Principito en sus viajes y muchas cosas sobre la condición humana aprenderemos si leemos atentamente esta narración recordando que *lo esencial es invisible a los ojos.*

María Rosario Mohinelo

Extiéndete en las vides de mi lengua

Extiéndete en las vides de mi lengua,
no tiene fin mi encrucijada
ni límite mis dedos para nacerte
en medio de mis alas.
La mitad de mis plumas se forjaron
en el jugo incandescente de tu boca .
Tú me enseñaste el ES, aunque no exista,
aunque sea el milagro más ausente,
tu trajiste la caña con que pescar mis peces
no en vano, te llamaron Mercedes.
Si puedo caminar por estas letras
y llegar a los vados donde las almas crecen
a través de esta crónica de luces
de sándalos que nacen
pernoctan en mis manos,
y en la celeste comisura de tus ojos pacen.
Será un camino digno si floreces
y yo a tu lado voy amaneciendo,
gracias por ser, por estar,
el viaje es ya, vamos cantando.

Julia Díaz Climent

Nominare

En la palabra descansan otras palabras
acechantes extraviadas
animal que muta en el transcurso
aunque en nuestro paladar parezca
un trozo de piedra no afectado por la erosión

Palabras que son huesos de otras épocas
cubiertos con las ropas y artefactos de uso diario
Cuerpos que salen a flote en la corriente
y que a nadie llaman la atención

Hay una palabra en el revés de la palabra
que espera su momento para actuar
y otra palabra náufraga sobre los palos
que pide auxilio en la tormenta

Se pegan las palabras a palabras
con los grilletes y mortajas que los hombres fabricamos
una gramática que ha dejado de nombrar
que ya no nos revela
al muerto y al parto que se afiebra en la cifra
en el signo del dvd
los zapatos
y las vacas

Es una caja la palabra
con alma de muralla y de pez
late en su interior el cromosoma del pájaro inexistente
y un esqueleto se esconde bajo sus ladrillos en peligro de derrumbe

Palabras encadenadas a palabras
que dejan de decir de tanto usarse
la misma forma el mismo abecedario
osteoporosis de los verbos
de la lengua quebrada en su sonido

Hay más palabras en la palabra
otra forma de decir (de llenar)
el hueco que queda vacío
cuando la carne del gran cetáceo
se seca,
se hace humo
en nuestra boca.

Julio Espinosa Guerra

Una flauta de caña

Con mi flauta de caña voy tocando
una suave y hermosa melodía
por la puerta de mi amigo Fernando.

Encantando reptiles cada día
me paso por los pueblos de mi España,
con destreza y bastante valentía.

No muevo tan siquiera una pestaña
cuando estoy encantando una serpiente
mal oliente con mi flauta de caña.

Siempre se halla en algún lugar sombrío
oculta entre el juncal y la maleza
esperando al labriego de mi tío.

Totalmente ha perdido la cabeza
esta infame y codiciosa serpiente,
que siempre te visita por sorpresa.

¿Cómo puede matar una serpiente
tanta gente con una metralleta?
¡Cómo puede existir tanto indecente!

Lo pregunta este pequeño poeta
hechicero de escamosos reptiles
mandriles, sapos, ranas y mofetas.

Se pueden contar por cientos, por miles,
los vellones que fueron fusilados
en campos de amapolas y alcauciles.

Los dedos de mis manos tengo helados
por llevarlos encima de mi flauta
sobre tres orificios ventilados.

Jamás puedo permitirme una pauta,
un vuelo por los cielos de Occidente
ataviado de hechicero astronauta.

Procuro siempre estar lo más pendiente
de los dientes que tiene esta culebra,
odiosa, venenosa e insurgente.

Camino sobre el grueso de una hebra
tensada en lo más alto de un trapecio
sintiendo como el alma se me quiebra.

De pensar el horrendo y alto precio
que tuvo que pagar mi hermosa España
tratada con el más grande desprecio.

Mi paz, siempre la encuentro en la montaña
cuando entono una hermosa melodía,
cada día, con mi flauta de caña.

Trinitario Rodríguez

Tu mirada

En aquella noche estrellada te conocí
y desembarque en tu mirada,
sin darme cuenta que tus ojos,
no podían verme.
¡No me miraban!

En tu sincera sonrisa.
En tus palabras,
pude contemplar un río,
que de agua fresca me llenaba.

¡Qué bello es vivir!- dijiste.

Entonces comprendí:
que podías contemplar,
lo que otros, viendo,
no pueden ver.

Será que la prisa es enemiga,
en lugar de ser nuestra aliada.

¡Qué bello es vivir!- dijiste.

…Y tenemos la urgencia
de regresar a la tierra,
aquella que nos vio partir.

¡La vida llama al sosiego!
A detenerse ante lo insignificante:
en lo minúsculo, en lo más pequeño.

Contemplando sin tiempo y con deleite:
la flor que nace entre el duro asfalto,
o el pájaro que asustado por el tráfico,
va alzando su agitado y presuroso vuelo.

Hace falta pararse. Detenerse.
Para asistir a este día,
de festividad permanente.

¡Qué bello es vivir!- dijiste.

Y tú, sin ver, vas viendo.
Y yo, viendo, no quiero ver,
como el hombre va muriendo,
sin saber qué puedo hacer.

Luis S. Taza Hernández

Cuando llueve

Cuando nos llueve desmayadamente,
como si el cielo a trozos se cayera,
a fragmentos y astillas de vidrio, a corazón,
a nervio roto, a nube derrotada.
Cuando llueve de amor triste o cansancio
de tardes viejas, de palabras dichas,
costumbres y usos de papel borroso,
gentes con ropa arrugada, gente
urbana con paraguas de humo negro.

Cuando en tantos lugares cae la lluvia
lastimosa, vencida, desde un gesto
de humildad y de olvido y de pobreza,
lluvia
de agua frágil y sola y larga, lluvia
de caricia pequeña y de alboroto
de infancia diminuta, con tristeza
pobre, lejana, mustia, estremecida
por antiguos recuerdos.

Hay suburbios
donde la lluvia oscura del otoño,
cerca ya de un invierno de ceniza,
cae contra el cañamazo de los techos,
contra el antiguo barro de las calles.

Porque no llueve igual en todas partes:
Hay ciudades en donde cae la lluvia
con una educación de parvulario,
con un afán de no ofender a nadie,
de molestar lo menos que se pueda.

Pero se sabe ya que en las aldeas,
en las villas antiguas o en los barrios
o suburbios nos llueve con fiereza
y rencorosamente…

Cuando cae la lluvia a pedazos, a
instantes, sílabas, desmemorias, signos,
cuando cae la lluvia despaciosamente
en nuestro espacio humano, en nuestra vida.

Francisco Alonso Ruiz

¿Preguntas?

No hay pena más hermosa que el olvido.

Me preguntas si volvió el poeta
a probar el beso
de la inevitable tibieza
de agosto y no sé qué responderte.
Es verdad que a veces,
con ansia venerada,
se sumergió en la extensa
y frondosa llanura del deseo
y atropelló su cuerpo
la verde enredadera.
Es cierto que en el borde
de su abismo violeta,
suspendido con gracia inusitada
quedó un espacio abierto
donde encontrar al hombre
que en un rincón lloraba.
Yo le vi destrozarse
en medio de su charco
y no quiso contarme
lo infecto de su herida,
lo arcano de su pena.

Se desangró en abrazos
la noche eyaculada
de tormentoso encanto
y cincelada risa.
Y la absurda amenaza
de una mirada esquiva
desde entonces me atrapa.

Me preguntas si respondió el poeta
a su cuestión más íntima
y no sé si el letargo
del cálido verano
esconde una mentira.

María José Arques Cano

COMO EL JAGUAR

Ha oído ¡mamá! entre músicas y sombras y se ha disparado algún cromosoma. Difícil explicar cómo funciona la alquimia del instinto y del sentimiento. El lápiz, arma defensiva, se ha caído enseguida de la mano; la habitación gimiente está lejana, al otro extremo de la casa.

Al principio rabia, bloqueo auditivo; estaba arrellanada en el sofá con sus juegos nocturnos, con sus desvaríos secretos. Eric Clapton cantaba muy sensual Get Ready ¿o era I shot the sheriff?. Tenía una pierna lánguidamente posada sobre el brazo del canapé; la espalda reposaba sobre mullido almohadón. Era ese instante, hora bruja, cuando se desencadenan y se sueltan las bridas del alma y del espíritu; y no se sabe cual de los dos es el que más tira o más afloja; pero ¡mamá!, vocablo límpido, primario, le trepanó el cerebro y más, incluso el organismo entero. Hubo un viaje inconsciente de las células hacia el mensaje recibido. No sabe si ha sido una llamada o un grito de amor o de miedo.

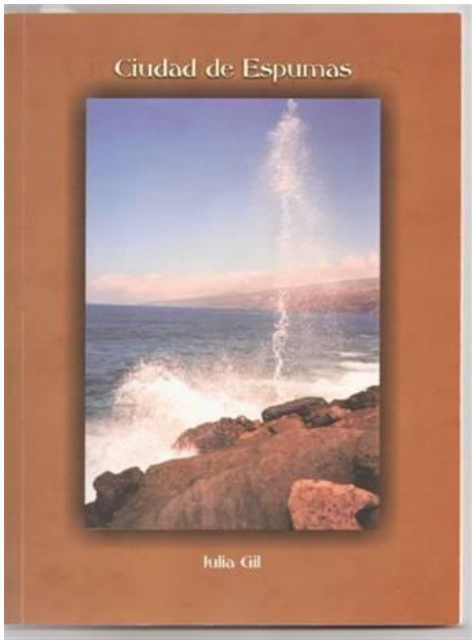
A oscuras, por el pasillo, atraviesa espacios negros que parecen pozos inundados de silencio; un silencio tangible y mesurado; cada puerta, cada giro, una barrera que se interpone en su camino hacia la vocecita virginal que dice ¡mamá! al fondo del laberinto. Un vasito de agua ¡eso es todo!. Soy el jaguar, se dice, que lame la frente dulce olorosa al muguet del baño vespertino; mis afilados colmillos no hieren esa carne tierna y mía.

Se detiene erizada en el camino de regreso, fiera al acecho de algún peligro cercano. Las sombras la envuelven con su tacto mucilaginoso. Puede amar aquella voz sensual mientras palpa los muros del saloncito que está junto al corredor; vislumbra ya, como un amanecer, la luz sabrosa del reducto privado; su cubil en lo más hondo de la cueva, el antro inocente de la fiera que se distrae y despereza su cuerpo. El macho está cazando; la camada duerme su obligado sueño verde y selvático, ausente de peligros; pero un retoño que todavía no puede salir del seguro cobijo de la madriguera pide ¡agua mamá!; y ella que está pariendo, pariendo sola en la noche otros hijos invisibles, jadeante y fatigada, levanta el anca, interrumpe el coito de su alma con la música y corre, corre por la jungla de su casa hiriéndose los costados contra el silencio, la soledad y el vacío; corre hacia su carne, su fruto; corre y ya no piensa; corre y ama su carne de salvaje; corre, alienta, acecha, se calma y llora luego en la soledad y el silencio de la noche. Siempre ha sido así desde el albor de los tiempos. Es la ley eterna e inmutable.

Mercedes Rodríguez García-Olías

EN EL CORAZÓN DEL MAR

"Ciudad de Espumas"
Santa Cruz de Tenerife, 2007
47 pág., 9 €.



Nuestra amiga, la escritora canaria Julia Gil, de la que ya hemos reseñado en estas páginas otras publicaciones, acaba de sacar a la luz un poemario titulado *Ciudad de Espumas*, encabezado por una cita de Juan Ramón Jiménez, en la que el poeta se pregunta si el mar es su corazón o si, por el contrario, su corazón es el mar. Si la identificación entre la cordial víscera y la masa acuática y oceánica se había gestado, en el caso del poeta de Moguer, en uno de sus viajes transatlánticos, y en sus versos es una bellísima analogía totalmente justificada, tanto o más lo es que Julia Gil, que habita en una de las señeras rocas que denominamos Islas Canarias, la utilice como presentación de este libro

Vive la autora de este libro en la Isla de Tenerife, donde es poseedora de un cubículo, al que denomina su cueva, desde el que contempla un universo cercado por peligros y hermosuras. En aquel alto promontorio, escucha, de un lado, el estruendo de los automóviles y de nuestra vorágine civilizatoria, mientras que, por el otro, la arrullan el envolvente murmullo de la mar, sus oleajes saltadores y sus espumas incansables, por lo que muchos de sus poemas nos muestran el antitético enfrentamiento entre los armónicos ruidos de la naturaleza oceánica y los que denomina estertores y alaridos, procedentes sobre todo del tráfico rodado, aunque los argumentos presentes en los poemas son tan diversos como la realidad vital que reflejan, y algunos de ellos están dedicados a populares costumbres canarias, como los que retratan la procesión de San Telmo, poetizada desde la perspectiva de una extranjera, que la define como costumbre curiosa; en otros casos son cinco niños que la acompañan y que identifica como "los chiquillos", y que, con sus infantiles juegos, logran emocionar a Julia; en otra ocasión, la autora adopta la figura de una mujer –quizá trasunto de ella misma- que se siente atraída, en la noche del mítico solsticio de verano, por un marinero al que confiesa paladina y sinceramente su amor, diciéndole: "Te regalo la antorcha, / tú me enciendes el fuego/ bébete mi cerveza/ que yo te quiero".

Un aspecto muy significativo es el carácter ecologista de algunas composiciones, así en la titulada *Plataneras* en la que Julia se lamenta de las construcciones fantasmas que quizá cualquier día nos sepulten a todos, o la tan explícitamente encabezada con la palabra *Alarmas,* en la que la amenaza de la sustitución de unas plataneras por un campo de golf lleva a Julia a proclamar la insaciabilidad de nuestra especie.

Lo narrativo y lo descriptivo se mezclan armónicamente en este poemario que transcurre en un escenario insular y ciudadano, en el que la *Ciudad de Espumas* que lo titula es obviamente la de Santa Cruz de Tenerife, confirmándonos la veracidad de aquellas palabras que afirmaban que una persona es la ciudad en donde vive y ciertamente en el caso de Julia ha dejado una indeleble huella su ámbito vital, por eso aparece reproducida en su portada una bella imagen del mar que la rodea, que junto a otras diez magnificas fotografías ilustran y completan los textos, pudiendo admirarse en ellas los atractivos paisajes de la isla y los efectos de su incontrolado desarrollo.

Nos encontramos ante una poesía elaborada a base de recuerdos y emociones que surgen de lo cotidiano, y que nos muestran la magia y la ternura que encierran los objetos y los personajes que cada día contemplamos, sin advertir que es precisamente nuestra habituación a su presencia la que nos impide descubrir la belleza que encierran y que, tras la lectura de *Ciudad de Espumas,* somos capaces de admirar y degustar.

Manuel Parra Pozuelo

Puntos de venta

PRENSA. Plaza de América, nº 2. ─ ALICANTE.
VIDEO─CLUB ESPIRAL. C/ Deportista Juan Matos ─ ALICANTE.
LIBRERÍA NOESIS. C/ Pintor Baeza, nº 8. – ALICANTE.
LIBRERÍA 80 MUNDOS Avda. General Marvá, nº 14 ─ ALICANTE.
LIBRERÍA MARÍA DEL PUY. C/ General Espartero, nº 91. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA LUXYMAR. Plaza Joaquín María López, nº 4. ─ ALICANTE.
PAPELERIA AMORÓS. C/ Foguerer, nº 3. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA COMPÁS (Campus Universidad) ─ (S. Vicente Raspeig) ─ ALICANTE.
LIBRERÍA PISCIS. (Cehegín) ─ MURCIA.
LIBRERÍA GRAN VÍA. (Cehegín) ─ MURCIA.